



# ORIENTACIONES PARA LÍDERES Y SERMONARIO



## Rumbo al **HOGAR**

REVELANDO LOS SECRETOS  
DE LA VICTORIA FINAL

**10** DÍAS DE  
ORACIÓN  
y 10 horas de ayuno

**PRIMERO DIOS**



# ÍNDICE

- Orientaciones para Líderes 4
- Sermonario 15
- Venciendo el engaño 16
- Venciendo en Cristo 22
- Venciendo en el juicio investigador 28
- Venciendo en el sufrimiento 34
- Venciendo las trampas de satanás 40
- Venciendo la amenaza a la conciencia 46
- Venciendo como él venció 52
- La última invitación para vencer 58
- Venciendo día a día 64
- Vencedor para siempre 70
- Biografía, Carlos Olivares 76



# **ORIENTACIONES** PARA LÍDERES

## BIENVENIDO A LOS 10 DÍAS DE ORACIÓN 2024

Al contemplar los acontecimientos, tragedias y los sufrimientos que hemos visto, oído y vivido, reconocemos fácilmente que el mundo está colapsando. Todas las cosas señalan el fin, y la victoria final se acerca para el pueblo de Dios.

Falta poco para oír: “El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor” (*El conflicto de los siglos*, p. 657).

Hasta que llegue ese día, necesitamos mantener el foco y seguir caminando rumbo al hogar, como nos aconseja el apóstol Pablo: “Es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos” (Rom. 13:11).

Más que nunca, hoy es tiempo de doblar las rodillas y depender de Dios; es tiempo de autoevaluación, contrición, confesión, abandono del pecado y renovación de la mente; es tiempo de levantarnos y predicar que Jesús viene pronto.

En 2024, tendremos la oportunidad de predicar con fuerza, distribuyendo una vez más el libro misionero *El gran conflicto*. Además de la participación en la distribución y el estudio del libro *El gran conflicto*, es nuestro deseo que, durante los 10 Días de Oración, usted profundice su intimidad con Dios a través de la oración, del estudio de la revista y de las acciones diarias para testificar de Jesús.

En el contenido de la revista, usted encontrará orientaciones sobre el estilo de vida adventista. Sugerimos que, con oración y reflexión personal, lea y estudie el documento, primero en familia y después en la iglesia, durante las 10 horas de oración.

Dios nos continúa llamando a un reavivamiento y reforma porque desea derramar bendiciones sobre la familia, la iglesia, la comunidad y el mundo. Usted está siendo llamado para liderar este movimiento en su iglesia en 2024.

Esta guía presenta orientaciones e ideas para que el programa se realice en cada congregación, aprovechando bien todos los materiales y encuentros, involucrando a todos los departamentos de la iglesia y llevando a los miembros a una experiencia viva y transformadora.

## OBJETIVOS

1. Buscar el reavivamiento y la reforma espiritual por medio de la oración y el estudio de los capítulos de *El gran conflicto*, que será el libro misionero para el 2024.
2. Estudiar con oración, reflexión y aplicación en la vida personal las orientaciones sobre el estilo de vida adventista durante las 10 horas de oración.
3. Orar para alcanzar a personas no adventistas o alejadas de la iglesia y ofrecerles estudios bíblicos.

## SOBRE EL PROGRAMA

- **Lema:** Rumbo al hogar - Revelando los secretos de la victoria final.
- **Fecha:** de 22/02 a 02/03/2024

**Sugerencia:** Verifique las indicaciones de su unión/campo:

- **Primer sábado (24/02):** Diez horas de ayuno y oración, y estudio de las orientaciones sobre el estilo de vida adventista, registradas en las últimas cuatro páginas de la revista.
- **Segundo sábado (02/03):** Invite a sus cinco amigos de oración a la celebración misionera.

## FOCO – REAVIVAMIENTO

1. **Lectura del libro** *El gran conflicto*, estudio de las orientaciones sobre el estilo de vida adventista y búsqueda de interesados para estudios bíblicos.
2. **Siembra** para la *Semana Santa*.

## MATERIALES

- Música inédita
- Video promocional para los 10 Días de Oración
- Videos auxiliares para el estudio de las orientaciones sobre el estilo de vida adventista durante las diez horas
- Orientaciones para líderes
- Diez sermones con sus respectivos PPTs
- Señalador
- Camiseta/remera

## SUGERENCIAS PARA LOS LÍDERES AL ORGANIZAR EL PROGRAMA EN LA IGLESIA

El primer paso es promover una reunión entre los líderes para que juntos elaboren la planificación del programa y distribuyan las responsabilidades. Cada líder puede contribuir en la planificación, la organización y la coordinación de las actividades para que todos los ministerios estén involucrados.

- **Ancianato:** Coordinar la planificación de las iniciativas, el calendario y las ideas que serán aplicadas previamente y durante los diez días. Coordinar las programaciones, involucrando otros departamentos.
- **Mayordomía:** Distribuir las revistas para adultos (físicas o digitales). Coordinar los cultos en la iglesia por la noche o en la madrugada, durante la semana de los días 22/02 al 02/03, según la opción que elija realizar la iglesia.
- **Ministerio de la Mujer:** Coordinar el programa de las diez horas de ayuno y oración y todo lo que tenga que ver con el primer sábado (24/02). Sugerencias: sala y/o carpa de oración, merienda con frutas.
- **Ministerio Personal:** Elaborar la lista de interesados de la Escuela Bíblica Nuevo Tiempo, de los miembros alejados, de las visitas registradas y de los amigos de la iglesia que serán el objetivo misionero del proyecto. Coordinar el programa del sába-

do (02/03), la celebración misionera y el Día D, con la entrega de cursos bíblicos.

- **Secretaría:** Conseguir y distribuir los nombres de amigos alejados. Coordinar el programa del día 02/03 junto con MiPes, si la iglesia optó por realizar el proyecto *Reencuentro* en ese período.
- **Ministerio Infantil y Ministerio del Adolescente:** Distribuir las revistas *teen* e infantil (físicas o digitales). Seguir y motivar la lectura a lo largo de la semana, así como también el desafío de orar por cinco amigos, compartir mensajes en las redes sociales y entrar en contacto durante la semana para ofrecer estudios bíblicos.
- **Ministerio de Recepción:** Distribución del equipo para todos los cultos que se realizarán en la iglesia.
- **Diáconos y diaconisas:** Apoyar al equipo de Recepción y al Ministerio de la Mujer en la preparación de la merienda con frutas y jugos el día 24/02. Organizar la Cena del Señor en el cierre de la programación de las diez horas de ayuno y oración.
- **Música:** Elaborar la lista de músicos para los programas de la iglesia, con alabanza congregacional y cantos especiales. Elección de himnos que combinen con los propósitos del programa.
- **Otros departamentos:** Desarrollar iniciativas creativas que den prioridad a la realidad y necesidades locales. Sugerencias: uso de medios digitales, programas de oración en espacios públicos, etc.

## REVISTAS

**Revista para los adultos:** La dinámica de la revista presenta una secuencia que apoya y orienta el estudio diario:

1. Textos inspirados de la Biblia
2. Textos del Espíritu de Profecía
3. Aplicación para la vida
4. Hora de orar con orientaciones para el momento especial de oración
5. Motivos de oración del día
6. Consejo de actividad misionera para cada día.

**Revista teen:** La revista *WhatsApp de Dios*: concedores del tiempo, aborda el tema de manera interactiva y con lenguaje y diseño orientados al público adolescente.

**Revista infantil:** La revista *Primero Dios: los últimos capítulos de la historia*, contiene textos orientados a niños, adhesivos/pegatinas y actividades que incentivan la lectura. La edición 2024 tiene dos modelos:

1. Niños alfabetizados: Material impreso para lectura y actividades.
2. Niños no alfabetizados: Contenido digital con acceso por medio del código QR disponible en la revista infantil física. Esa edición contiene actividades propias para la edad y la posibilidad de que padres y maestros las impriman.

## PROGRAMA

El programa de los 10 Días de Oración puede realizarse en la iglesia con cultos en la madrugada o por la noche. Para las iglesias que opten por esa estrategia, fueron preparados diez sermones con sus respectivos Power Points.

Las diez horas de ayuno y oración serán coordinadas por el Ministerio de la Mujer, con la participación de todos los departamentos. Para ese sábado, se pueden preparar carpas de oración para la comunidad, salas de oración para la iglesia, llamados o mensajes para los cinco amigos que fueron elegidos para interceder por ellos, ayuno frugal para ancianos o personas con necesidades especiales, etc. En el anexo, esta guía tiene una sugerencia para la programación.

Para el *Día D* del estudio bíblico (2 de marzo), se deberá organizar una celebración misionera, para invitar a los interesados o miembros alejados. Si se hace el sábado por la mañana, el programa debe ser especial desde la recepción, incluyendo una linda Escuela Sabática, una parte especial y un sermón inspirador. El efecto es aun mejor, si la iglesia organiza un almuerzo para los invitados o incentiva a los miembros para que lleven a los invitados a almorzar en su casa. El programa para los interesados también puede hacerse en la parte de la tarde. Aproveche ese día para desafiar a los miembros a que ofrezcan estudios bíblicos pensando en *Semana Santa*.

## LO QUE USTED NECESITA SABER PARA ENSEÑAR A LA IGLESIA

### Ayuno

Comenzar el año con ayuno y oración es una manera maravillosa de dedicar la vida a Dios. Elena de White dice: “De ahora en adelante hasta el fin del tiempo, los hijos de Dios debieran ser más fervientes y despiertos, y no confiar en su propia sabiduría, sino en la sabiduría de su Caudillo. Ellos debieran dedicar días especiales al ayuno y la oración. No es necesario que se abstengan de alimento, pero debieran comer con moderación alimentos sencillos” (Consejos sobre el régimen alimenticio, p. 223).

El ayuno no es una manera rápida de obtener un milagro de Dios, ni un sacrificio para obtener de Dios algo a cambio. El ayuno significa consagrarse para que el Señor obre en nosotros y por medio de nosotros.

### El Espíritu Santo

Es importante pedir que el Espíritu Santo muestre el motivo por el cual cada uno debe orar. La Biblia dice que no sabemos por qué orar y que el Espíritu Santo es quien intercede por nosotros. “No solamente debemos orar en el nombre de Cristo, sino por la inspiración del Espíritu Santo. Esto explica lo que significa el pasaje que dice que “el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles” (Rom. 8:26). Dios se deleita en contestar tal oración. Cuando con fervor e intensidad expresamos una oración en el nombre de Cristo, hay en esa misma intensidad una prenda de Dios que nos asegura que él está por contestar nuestra oración “mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efe. 3:20) (Palabras de vida del gran Maestro, p. 113).

### La fe

En el libro *El ministerio de curación*, p. 407, está escrito que “La oración y la fe harán lo que ningún poder en la tierra podrá hacer”. También leemos en el libro *La educación*, p. 258, que podemos pedir “cualquier don que él haya prometido; luego tenemos que creer para

recibir y dar gracias a Dios por lo que hemos recibido”. Por lo tanto, es importante crear el hábito de agradecer a Dios anticipadamente, por medio de la fe, por lo que él hará y por la forma como él responderá a las oraciones.

### **Oración por otros**

Cada uno debe recibir la motivación de dedicar un periodo de tiempo para preguntarle a Dios por quién debería orar; también es imprescindible pedirle a Dios el don del verdadero amor para trabajar por la salvación de las personas. Todos deben elegir cinco personas: pueden ser parientes, amigos, colegas, vecinos o simplemente conocidos, y la lista con los nombres debe mantenerse en un lugar siempre visible, como la Biblia, por ejemplo. Durante los diez días, cada uno debería recibir la exhortación de orar por esas personas. Ese es un ejercicio cuyo resultado suele dejar a todos maravillados por la manera como Dios trabaja en respuesta a las oraciones.

### **Diario**

Tener un diario durante los diez días de oración puede ayudar a los participantes a internalizar el tema de la oración del día, a asumir compromisos concretos con Dios y a reconocer las bendiciones. Escribir las oraciones y mantener un registro de las respuestas de Dios es una forma segura de sentirse animado.

Si fuera posible, durante el culto de oración se puede separar un tiempo para que las personas escriban en sus diarios personales las respuestas de Dios. Otra sugerencia es un diario en un grupo para pedidos y respuestas de oración, ya sea en un cuaderno, en una tarjeta o en un ambiente virtual. Es emocionante y edificador mirar hacia atrás y ver cómo Dios respondió las oraciones.

### **Reverencia**

La oración promueve acercarse a la sala del trono del Rey del universo. Ese momento no puede ser tratado de forma descuidada, sino que debe ser reverente. Sin embargo, no es necesario que todo el mundo se arrodille continuamente. Queremos que las personas se sientan cómodas durante una hora. Por eso, anímese a arrodillarse, a sentarse o estar en pie, de la manera que se sientan más cómodos.

## Pedidos

En vez de exponer los pedidos de oración en grupo, es mejor animar a las personas a unirse en compromiso y oración por los pedidos. Y aquí está la razón: el tiempo. Hablar sobre los pedidos tomará la mayor parte del tiempo de oración y Satanás estará encantado si logra mantenernos hablando sobre los problemas en vez de orar, clamando a Dios por la solución. Además, la apertura para contar los problemas naturalmente lleva a los participantes a dar consejos y sugerencias. Pero, el poder y la solución vienen del Señor. Cuánto más oramos, más poder él libera. “En un sentido muy especial, los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz. A ellos ha sido confiada la tarea de dirigir la última amonestación a un mundo que perece. La Palabra de Dios proyecta sobre ellos una luz maravillosa. Una obra de la mayor importancia les ha sido confiada: proclamar los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles” (*Testimonios para la Iglesia*, t. 9, p. 17).

## Continuidad

Después de los 10 Días de Oración y diez horas de ayuno, todos pueden y deben continuar con el caminar espiritual diario, con oraciones y el estudio de la lección de la Escuela Sabática. El contacto y los estudios bíblicos con los interesados también deben seguir hasta el evangelismo de Semana Santa. Es muy productivo buscar maneras de servir a la comunidad, siempre ofreciendo el estudio de la Biblia.

## DIEZ HORAS DE ORACIÓN Y AYUNO

- Estudiar las orientaciones sobre el estilo de vida adventista en tres momentos durante la tarde. Vea las sugerencias en el siguiente programa.
- Videos y testimonios de apoyo
- Lectura, diálogo y oración por los temas estudiados
- Sala y/o carpa de oración
- Cena del Señor
- Acciones de oración en favor de los necesitados en los hospitales, asilos, penitenciarías, orfanatos, comunidades de escasos recursos, etc.

## PROGRAMA SUGERIDO PARA LAS 10 HORAS DE ORACIÓN Y AYUNO

**Sábado 24/02/2023**

- Recepción cordial
- 08:00 – Bienvenida  
Oración inicial  
Momento de alabanza (elegir himnos sobre la oración, el tiempo del fin y la misión)
- 08:20 – Momento de oración en parejas. Motivo: el bautismo del Espíritu Santo (fondo musical)
- 08:30 – Reflexión: *Las fiestas de Israel y su significado para nosotros:*  
<https://noticias.adventistas.org/es/las-fiestas-de-israel-y-su-significado-para-nosotros/>
- 08:50 – Mensaje musical
- 08:55 – Oración
- 09:00 – Escuela Sabática (lanzar el proyecto de Oración Intercesora en las unidades de acción). Cada miembro ora por cinco amigos, con el objetivo de ofrecer estudios bíblicos (a miembros alejados, alumnos de la escuela bíblica, amigos registrados en la recepción, amigos de la iglesia, vecinos y familiares). Usar el señalador sugerido para escribir los nombres de los amigos.
- 10:10 – Momento de oración individual (cada uno ora por los 5 nombres elegidos)
- 10:20 – Momento de la comunicación
- 10:30 – Momento de alabanza
- 10:40 – Culto divino  
Momento de la oración intercesora. Motivo: orar por los amigos que están alejados de la iglesia (reforzar el desafío de orar por cinco amigos)
- **Sermón: Vencer en el juicio investigador**
- 12:00 – Almuerzo: jugos y frutas (para quien está haciendo ayuno frugal)

- 13:30 – Alabanza congregacional
- 13:40 – Video de apoyo, estudio y diálogo de las orientaciones sobre el estilo de vida adventista. Parte 1, págs. 36 y 37 de la revista de los *Diez Días de Oración* hasta el tema: Vida de santificación.
- 14:05 – Momento de oración: orar por la celebración misionera del sábado 02/03 y por los temas estudiados.
- 14:10 – Testimonio de entrega y transformación de vida. Video sugerido.
- 14:20 – Video de apoyo, estudio y diálogo sobre las orientaciones del estilo de vida adventista. Parte 2, págs. 37 y 38, hasta el tema: Vestimenta y joyas.
- 14:45 – Momento de oración: orar por los temas estudiados
- 14:50 – Mensaje musical
- 14:55 – Video de apoyo, estudio y diálogo sobre las orientaciones del estilo de vida adventista. Parte 3, págs. 39 y 40.
- 15:20 – Momento de oración: orar por los temas estudiados.
- 15:25 – Alabanza congregacional (Renuévame, Vaso nuevo, Ven Espíritu Santo)
- 15:30 – Call center: llamar o enviar mensajes a los cinco amigos elegidos, familiares, miembros alejados, o vecinos, y decirles que está orando por ellos.
- 15:45 – Momento de promoción de los desafíos misioneros diarios de los Diez Días
- 16:05 – Testimonios de personas que leyeron y fueron alcanzadas por el libro *El gran conflicto*, o alguien que regresó a la iglesia o fue alcanzado como resultado de los diez días de oración.
- 16:20 – Cena del Señor o acciones de oración en favor de los necesitados en los hospitales, asilos, penitenciarías, orfanatos, comunidades de escasos recursos, etc.
- 18:00 – Cierre de las diez horas de ayuno y oración.

**Involucrar a todos los departamentos de la iglesia,  
distribuyendo los horarios y las actividades.**

# SERMONARIO



# TÍTULO: **VENCIENDO EL ENGAÑO**

Texto bíblico:

**“Al regresar, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el sábado, conforme al mandamiento” (Lucas 23:56).**

## **INTRODUCCIÓN**

Vivimos en una sociedad que cambia constantemente. No hace muchos años todavía leíamos las noticias en la prensa y usábamos el celular solo para hacer llamadas. Estos cambios continúan y continuarán ocurriendo. No hay duda de aquello. Sin embargo, no podemos decir lo mismo de la ley de Dios. Ni menos podemos afirmar que Dios reemplazó el sábado por el domingo, como el nuevo día de reposo.

A pesar de que Jesús nunca afirmó haber cambiado la ley (Mt 5:17-18), algunos argumentan que el cambio del día de descanso ocurrió tácitamente al momento de su resurrección. El problema que conlleva acreditar tal cosa es que nunca, ni Jesús ni los escritores del Nuevo Testamento, afirmaron aquello. Todo lo contrario, al examinar el relato de la resurrección, podemos decir que Jesús guardó el sábado y sus seguidores hicieron lo mismo. Si bien Mateo, Marcos y Juan describen el evento de la resurrección, nuestro estudio estará centrado mayormente en Lucas (Luc. 23:50-24:10).

## **EL DÍA DE LA PREPARACIÓN** (Luc. 23:50-54)

Lucas informa que entre los testigos que contemplaron la muerte de Jesús estaban “todos sus conocidos, y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea” (Luc. 23:49). Es posible que uno de estos conocidos haya sido José de Arimatea, quien no solo era un hombre bueno y justo, sino que además no habría estado de acuerdo con la crucifixión de Jesús (Luc. 23:50-51). José era miembro del Concilio, es decir, del Sanedrín, y además era un discípulo de Jesús (Juan 19:38). Fue José quien pidió el cuerpo de Jesús a Pilato, y quien “lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en el cual aún no se había puesto a nadie” (Luc. 23:53).

Lucas indica que era el “día de la preparación” y que el sábado estaba casi comenzando (Luc 23:54). El “día de la preparación” es una referencia al viernes (Mc 15:42), y el hecho de que José se haya apresurado en pedir el cuerpo de Jesús para luego depositarlo en la tumba, indica que él continuaba guardando el sábado como día de reposo. Esto es importante, porque si José era un discípulo de Jesús (Juan 19:38), es válido preguntarse por qué Jesús no le comunicó que el día de reposo había cambiado. Es decir, si Jesús realmente tenía la intención de cambiar el sábado por el domingo, él no solo habría predicho su muerte, algo que Jesús anunció en más de una oportunidad (Luc 9:22, 43-44; 18:31-33), sino además habría proclamado que él respaldaría tal cambio. Y que mejor que contárselo a sus discípulos. El comportamiento de José, no obstante, demuestra lo contrario. Pues describe el actuar de un hombre preocupado de no quebrantar el sábado.

Esto nos enseña que para los discípulos de Jesús la ley era inmutable, y respetaron su observancia incluso en ocasión de la muerte del Maestro. Ellos habrían aprendido esto de Jesús, quien, según Lucas, así como también lo leemos en otros evangelios, interpretó el sábado en términos de servicio, enfatizando la importancia de hacer el bien en este día (Luc. 6:6-11; 13:10-17; 14:1-6). Nunca, sin embargo, Jesús ataca el sábado. Lo que él critica, como Señor del sábado (Luc. 6:5), es el legalismo hipócrita que usurpó su sentido bíblico (Luc. 14:1-6).

## **LAS MUJERES, LOS UNGÜENTOS Y EL SÁBADO**

(Luc. 23:55-56)

Las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea y que, como vimos, anteriormente fueron testigos de su muerte (Luc. 23:49), siguieron a José y vieron el lugar en el que Jesús había sido crucificado (Luc. 23:55). Ellas, nos dice Lucas, compraron especias aromáticas y perfumes y luego descansaron en el día de reposo (Luc. 23:56). Vale la pena resaltar que Lucas añade que ellas realizaron esto conforme al mandamiento (Luc. 23:56), una expresión que nos remite a la observancia del decálogo.

En Lucas, el término mandamiento, además de la mención que lo vincula a estas mujeres (Luc. 23:56), ocurre tres veces (Luc. 1:6; 15:29; 18:20), y en dos apunta a la ley de Dios. Primero, Zacarías y Elizabet, los padres de Juan el bautista, “eran justos delante de Dios y andaban irrepreensibles en todos los **mandamientos** y ordenanzas del Señor” (Luc. 1:6, énfasis añadido). En segundo lugar, cuando cierto

hombre prominente le preguntó a Jesús lo que debía hacer para heredar la vida eterna, Jesús le respondió enumerando cinco de los diez mandamientos (Luc. 18:18-20). Tanto en el ejemplo de los padres de Juan el bautista y la respuesta de Jesús al dirigente judío, el vocablo “mandamiento está relacionado con el decálogo, y en cómo los preceptos que él contiene son importantes y deben ser observados.

Lo anterior significa que cuando Lucas nos dice que las mujeres descansaron en el sábado, ellas estaban actuando de una manera justa e irreprochable, imitando el accionar de Zacarías y Elizabet. Sin embargo, el comportamiento justo que ellas tuvieron no estaba vinculado únicamente con el decálogo en general, sino en particular con el cuarto mandamiento. Esto es, el sábado (Éxo. 20:8-11; Deut. 5:12-15).

Así como José de Arimatea se preocupó de no quebrantar el precepto bíblico del sábado, estas mujeres no fueron inmediatamente al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús (Mar. 16:1), sino que decidieron obedecer el mandamiento del sábado (Luc. 23:56-24:1). Esto nos indica que estas mujeres, así como notamos en el caso de José de Arimatea, nunca oyeron a Jesús enseñando que el sábado había sido abolido. Incluso, podemos afirmar que ellas tampoco escucharon que Jesús anularía la observancia sabática; o, que futuramente revocaría su validez al momento de su muerte o en ocasión de su resurrección. Si ese hubiera sido el caso, ellas, y José de Arimatea, no habrían estado preocupadas por cumplir el mandamiento del sábado.

Claramente Jesús observó el sábado, y en Lucas encontramos varios ejemplos ilustrando la opinión que Jesús tenía acerca de este día. Al comenzar su ministerio, por ejemplo, Jesús visita la ciudad donde había crecido, Nazaret; y, conforme a que lo él que acostumbraba a hacer, entró en una sinagoga en el sábado (Luc. 4:6). El hecho de que Lucas asocie lo que Jesús hacía en el sábado con el vocablo “costumbre”, nos indica que la observancia sabática era una cuestión habitual en la vida de Jesús. Esto queda en evidencia al notar cómo Lucas describe a Jesús enseñando y ministrando en las sinagogas en el sábado (Luc. 4:31; 6:6; 13:10). En Lucas, como en el resto del Nuevo Testamento, no encontramos evidencia de que Jesús haya instruido a sus discípulos, o a las audiencias que ministraba, que él pensaba abolir el sábado en algún momento futuro. Si bien, como notamos, Jesús censuró la observancia equivocada del sábado, sus críticas buscaban interpretar lo que el sábado significa bíblicamente, y no que este llegaría al fin con su muerte.

El sábado, observado desde la perspectiva correcta, es una bendición, y es un recuerdo de que la restauración de este mundo caído

está a las puertas. Jesús no solo enseñaba en el sábado, sino que también procuraba el bien de las personas. Jesús curó a hombres y mujeres que sufrían, y fue en el sábado cuando fueron libertados (Luc. 6:6-11; 14:1-6). Esto nos enseña que para Jesús el sábado representa la renovación futura, y sirve como una reminiscencia constante que él es el Creador y Restaurador de este mundo, y que muy pronto descansaremos con él por los siglos de siglos. Al observar el sábado, por lo tanto, anunciamos que Dios es nuestro creador, y que él es nuestra única esperanza en un mundo que está a la deriva.

## **EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA** (Luc. 24:1-10)

Fue en el primer día de la semana, es decir, el domingo, cuando las mujeres finalmente van al sepulcro para unguir el cuerpo de Jesús (Luc. 24:1). A diferencia del sábado, el domingo, así como el viernes, no tienen un nombre específico ni en Lucas, ni en la Biblia. Como vimos, el viernes es llamado el día de preparación (Luc. 23:54; Mat. 27:62), o víspera del sábado (Mar. 15:42); y el domingo, el primer día (Luc 24:1). De este modo, el día alrededor del cual todos los demás días tienen sentido es el séptimo día, pues es el único al que Dios bendijo (Gén. 2:1-3).

Para sorpresa de las mujeres, la piedra que aseguraba la entrada al sepulcro había sido removida (Mat. 28:1-2; Mar. 16:1-4); por lo cual, al entrar no hallaron el cuerpo de Jesús (Luc. 24:2-3). La tumba vacía las dejó perplejas; y así espantadas notaron como dos hombres con ropas resplandecientes estaban parados en frente de ellas (Luc. 24:4). La presencia de estos hombres, quienes en el relato pueden ser identificados como ángeles (Mat. 28:5-6), causaron que estas mujeres en temor inclinaran sus rostros a tierra (Luc. 24:5). Los ángeles, sin embargo, las animaron con un mensaje que habría de cambiar completamente el mundo: Jesús ha resucitado (Luc. 24:5-6).

Las palabras de los ángeles, como ellos mismos afirman, son simplemente el cumplimiento de lo que Jesús anunció a sus discípulos en más de una oportunidad (Luc. 9:22, 43-44; 18:31-33): “Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día” (24:7). Note bien que el mensaje no dice en ninguna parte que el sábado está siendo abolido, o que la resurrección de Jesús es un símbolo de una nueva era en términos de cómo debemos entender el decálogo. El foco del encargo angélico está en que la promesa de la resurrección se ha concretado, y la buena nueva se ha cumplido en Jesús.

Es clave también notar que en la escena los ángeles les dicen a las mujeres: “Acordaos de lo que os hablé, cuando aún estaba en Galilea” (Luc. 24:6). Al decir “acordaos”, los ángeles declaran que estas mujeres, junto a los discípulos, eran también parte del cuerpo de seguidores de Jesús. Asimismo, el hecho de que los ángeles mencionen la región de Galilea, nos indica quien eran ellas. Es únicamente Lucas, por cierto, quien cuenta que los que acompañaban a Jesús no solo eran los doce, sino además “...algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes” (Luc. 8:2-3).

Esta información concuerda con lo que el mismo Lucas indica, quien, casi al final del relato de la crucifixión, revela el nombre de algunas de ellas: María Magdalena, Juana, y María, quien era la madre de Jacobo (Luc. 24:10). Es interesante notar que Lucas también dice que había otras junto a ellas, las cuales él omite citar por nombre (Luc. 24:10). Esto implica que no fueron solo tres personas las que informaron a los discípulos que la tumba estaba vacía y que Jesús había resucitado, sino un grupo mayor compuesto por aquellas mujeres que habían venido con él desde Galilea (Luc. 23:55-24:1).

Al escuchar el mensaje de los ángeles, Lucas dice que ellas se acordaron de las palabras de Jesús (Luc. 24:8). Es decir, ellas también fueron instruidas por él, quien, quebrantando los estereotipos de la época, permitió que mujeres lo siguieran y escucharan sus enseñanzas. Uno de estos casos es el de María, hermana de Marta, “la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra” (Luc. 10:39). Ella, al hacer esto, habría escogido la mejor parte, la cual no le sería quitada (Luc. 10:42).

Si asumimos que esta María es la misma María Magdalena, de la cual habían salido siete demonios (Luc. 8:2), ella habría escuchado de parte de Jesús no únicamente la predicción de su muerte, mas también otro tipo de enseñanzas. De esta manera, si Jesús hubiera tenido la intención de cambiar el sábado por el domingo, ella, junto al resto de las mujeres, tendrían esa instrucción en mente, y no habrían descansado de sus labores en sábado. Por otro lado, es posible que alguien argumente que quizás Jesús instruyó secretamente a sus discípulos acerca de la abolición del sábado. Este cuestionamiento, puede ser respondido desde dos ángulos.

Primero, en el evangelio de Juan es el propio Jesús quien afirma que él no ha dicho nada de manera oculta, para lo cual invita a sus interrogadores a que pregunten públicamente a los que han oído su mensaje lo que él les ha hablado (Juan 18:20-21). Si bien es cierto que existen instancias en las cuales Jesús instruye a sus discípulos privadamente, en ninguna de estas instancias Jesús invalida la ley, y más específicamente el sábado (Luc. 8:9-18; Mat. 13:10.17; Mar. 4:10-12). En segundo lugar, aun asumiendo hipotéticamente el caso de que Jesús le reveló a sus discípulos algún tipo de cambio en el decálogo, el comportamiento de José y las mujeres nos dice lo contrario. Tanto José como las discípulas de Jesús observaron el sábado conforme al mandamiento, lo cual claramente establece que Jesús nunca les enseñó acerca de la invalidez, o de algún tipo de cambio que ocurriría con el día de reposo.

## **CONCLUSIÓN**

Aunque el mundo y sus costumbres cambien, la observancia del sábado sigue inmutable. Jesús no reemplazó el sábado por el domingo. Si así hubiera sido, Lucas habría registrado algún discurso en el que Jesús habría dicho aquello. Al mismo tiempo, si Jesús les comunicó secretamente a sus discípulos que el sábado sería abolido en ocasión de su muerte, el comportamiento de José de Arimatea y las mujeres habría sido otro. De un modo contrario, ambos grupos demuestran en su accionar ser fieles en la observancia del día de reposo. Por lo tanto, al leer Lucas y el Nuevo Testamento, notamos que el sábado no ha sido abolido, y sigue siendo el recuerdo perpetuo de que somos sus criaturas.

## **INVITACIÓN**

En un mundo cambiante, el sábado nos recuerda que la ley de Dios, el reflejo de su carácter, no cambia. Esto incluye el sábado, el cuarto mandamiento del decálogo. El sábado es una invitación que el Señor nos hace para recordar que fuimos creados por él, y que la restauración de todas las cosas está cerca. Lo invito a orar para que en el sábado proclamemos el poder de Dios, y al descansar reconozcamos que, como seres humanos, necesitamos de su gracia para seguir existiendo.

# TÍTULO: **VENCIENDO EN CRISTO**

Texto bíblico:

**“Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta”**  
(Sant. 2:17).

## **INTRODUCCIÓN**

Algunos han planteado que la Biblia es un libro lleno de contradicciones. Los que expresan esto intentan demostrar que no existe armonía doctrinal y temática entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Esta incoherencia estaría también presente entre algunos escritores bíblicos que enseñan algún tipo de creencia que, en teoría, es refutada por otro autor que dice algo completamente distinto.

Uno de los ejemplos más conocidos es conceptuar que existe una discordancia doctrinal entre Pablo y Santiago. Mientras el primero promulga que el ser humano es justificado por la fe sin las obras de la ley (Rom. 1:17; 3:28; Gál. 2:16; Efe. 2:8.9), el segundo afirma que “el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe” (Sant. 2:24). Sin embargo, esta no es una contradicción, ni refleja algún tipo de desarmonía bíblica. Para demostrar esto, hoy estudiaremos cómo la carta de Santiago articula el significado de la fe (Sant. 2:14-26), y la relación que esta tiene con el concepto propuesto por Pablo.

## **UNA FE MUERTA, ES UNA FE INSENSIBLE** (Sant. 2:14-17)

Santiago, quien se presenta como siervo de Dios y Jesús (Sant. 1:1), estructura su argumentación a partir de una serie de preguntas retóricas que buscan que los lectores que leerán la carta reflexionen sobre el significado de la fe. La audiencia que escuchó hace dos mil años la lectura de la epístola no difiere en mucho, en términos eclesíásticos, con nuestra vida. En otras palabras, las cuestiones prácticas que Santiago trae a colación en su argumento reflejan problemáticas que son semejantes a las que experimentamos hoy en nuestras iglesias, casas y relacionamientos diarios.

Santiago inicia su razonamiento cuestionando la fe de sus oyentes. De que sirve, pregunta Santiago, que alguien diga que tiene fe, y no tiene obras; ¿acaso podrá salvarlo esa clase de fe? (Sant. 2:14). La preocupación de Santiago es por el comportamiento de un creyente, el cual aparentemente afirma que para él el valor de la fe descansa en la matriz intelectual que le ha permitido creer y aceptar la salvación divina. Para Santiago, no obstante, la fe no solo posee un carácter teórico. La fe, en términos bíblicos, comprende proclamar a quien uno sirve.

Para ilustrar lo que significa tener fe, Santiago narra la historia de una persona que no tiene con qué vestirse, y tiene falta del alimento diario (Sant. 2:15). Es difícil determinar si el relato es real o ficticio, aunque tenemos evidencia para afirmar que este era un problema común en el primer siglo, así como también continúa siéndolo hoy. Un escrito del Nuevo Testamento que atestigua sobre este problema es la primera epístola de Juan, que fue compuesta varios años después de la carta de Santiago. Aquí Juan se pregunta cómo puede el amor de Dios habitar en una persona que posee bienes materiales, mientras ve que su hermano está pasando algún tipo de necesidad y no siente el deseo de ayudarlo (1 Juan 3:17).

Para el desconcierto, y vergüenza de sus oyentes, Santiago relata la reacción del creyente que tiene una fe sin obras, al ver a una persona que está desnuda y carece de alimento. La Nueva Versión Internacional traduce de una manera clara y moderna esta expresión, contextualizando lo que un creyente del siglo veintiuno, alguien como usted y como yo, podríamos haber dicho hace dos mil años: “Que les vaya bien; abríguense y coman hasta saciarse” (Sant. 2:16). La locución, que es irrisoria y triste, ejemplifica lo innecesaria que son las palabras en momentos en los cuales se espera acción.

Lo que el supuesto creyente dice, no hay duda alguna, no es para nada hipotético, pues parece describir lo que muchos de nosotros podríamos en algún momento haberle dicho a aquel que sufre. De esta manera, mientras Juan se cuestiona en qué medida puede el amor de Dios morar en una persona que cierra su corazón contra su prójimo (1 Juan 3:17), Santiago responde que es debido a que su fe está muerta (Sant. 2:17). Es una fe muerta, porque es una fe insensible. Es decir, es una fe egoísta, cuyo único sentimiento está direccionado a sí mismo, olvidándose de que una fe viva consiste en una fe que considera y actúa cuando el otro sufre.

## **UNA FE SIN OBRAS ES UNA FE SATÁNICA**

(Sant. 2:18-19)

Santiago, anticipándose ante algún tipo de objeción, imagina a alguien que contradice su argumento y que procura refutar lo que él ha previamente afirmado sobre la inutilidad de una fe que está muerta. El oponente impugna la tesis de Santiago diciendo: “Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras” (Sant. 2:18). Pero esta clase de premisa es inexacta, pues busca separar la fe de las obras.

Es claro que el principal problema de este contraargumento consiste en agrupar individualmente la fe y la obras, y crear una desconexión entre ambas. La fe no puede vivir sin obras, aunque esta sea una fe sincera que adora a Dios de todo corazón. Al mismo tiempo, las obras, por sí mismas, no pueden actuar sin fe, pues lo importante no es solo servir a otros, sino que debemos realizar ese servicio en nombre del Dios verdadero que amamos y creemos. Dicho de otra manera, para Santiago, fe y obras deben convivir juntas en la vida del cristiano, pues su separación en la vida práctica conlleva exterminar a una u otra.

Para Santiago, comprender la importancia de esta unión es esencial, y es por esta razón que él nuevamente anticipa la objeción de algún interlocutor imaginario quien contestaría que Dios es uno, y por lo tanto la fe es una cuestión intelectual (Sant. 2:19). Muy bien, dirá Santiago, lo que se afirma es teológica y doctrinalmente correcto, aunque debo agregar también que los demonios creen lo mismo que nosotros creemos, y tiemblan de miedo, y no es por esa razón que serán salvos (Sant. 2:19). El razonamiento es simple y lógico. Los demonios serán destruidos, porque sus actos no están en sintonía con la creencia que profesan.

El diablo, nos recuerda Juan en su evangelio, “ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Juan 8:44). Es significativo enfatizar que los demonios que le acompañaron en su caída (Apoc. 12:7-9), lo imitan, y enseñan doctrinas equivocadas (1 Tim. 4:1), impidiendo que otros acepten la verdad de su Palabra. Visto así, aunque el diablo, y sus secuaces, conocen a Dios, y saben lo que él desea para

sus hijos, ellos trabajan de una manera que contradice la voluntad divina. En otras palabras, no importa cuánto sepamos de la Biblia. Si no ponemos en práctica aquello que hemos aprendido, nuestra fe es ciertamente inútil.

Esto significa que una fe muerta es una suerte de fe satánica. Es decir, es una fe que imita el accionar de los demonios, los cuales intelectualmente están convencidos de la existencia de Dios, y conocen de primera mano el poder divino, pero actúan de un modo egoísta y destructivo. Si bien vivimos en un mundo intrínsecamente corrupto, y centrado en el yo, el evangelio de Cristo nos invita a vivir para el otro, y a proclamar la fe que hemos creído en actos concretos y vivos (Mat. 5:16; 25:35-40).

La religión pura y sin contaminación, nos dice Santiago, consiste en refrenar nuestra lengua (Sant. 1:26; 3:1-12) y en “visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo” (Sant.1:27). Todas estas acciones configuran una vida religiosa que expone una vida práctica, y que Dios espera que sus hijos e hijas realicen a fin de glorificar su nombre (Efe. 2:10).

### **UNA FE VIVA ES UNA FE CON OBRAS** (Sant. 2:20-26)

Para ejemplificar nuevamente cuán valioso es reconocer que la fe sin obras de un creyente está muerta (Sant. 2:20), Santiago citará dos historias tomadas del Antiguo Testamento. En la primera, Santiago le recuerda a su audiencia el caso de Abraham, quien demostró que él creía y confiaba en Dios al ofrecer a su hijo Isaac sobre el altar (Sant. 2:21). La fe de Abraham, Santiago afirma, actuaba juntamente con sus obras, demostrándola con hechos (Sant. 2:22). Es, por cierto, debido a estas obras que la fe de Abraham fue perfeccionada (Sant. 2:22).

En opinión de Santiago, como consecuencia de este acto de fe se cumplió la Escritura, la cual dice: “Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia” (Sant. 2:23). El accionar de Abraham es una manifestación de su obediencia a Dios; un acto intelectual que lo llevó a someter su vida al Señor, y a ofrecer su hijo en sacrificio (Sant. 2:21-22). En este sentido, Abraham no creyó como los demonios, quienes creen en Dios, pero no acatan su voluntad (Sant. 2:19). Esa es la razón por la cual cuando Abraham creyó, Dios lo aceptó como justo (Sant. 2:23), pues él posicionó su vida en una total sumisión a Dios.

Esta es la fe que Santiago tiene en mente al declarar que la fe, sin obras, está muerta (Sant. 2:17). Lo cual explica el verso siguiente, el cual señala que es en razón de esto “que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe” (Sant. 2:24). Esta frase parece estar en oposición con lo que Pablo afirma en Romanos, por ejemplo, en donde él explícitamente declara que “el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley” (Rom. 3:28; ver también Rom. 1:17; Gál. 2:16; Efe. 2:8.9).

Lo que parece ser una contradicción doctrinal y teológica no lo es. Pues mientras Pablo se enfoca en el acto mental de creer, y en nuestra unión espiritual con Cristo, Santiago está preocupado en subrayar cómo demostramos de manera práctica que tenemos esa fe que anunciamos. La palabra “justificar”, además, tiene en Santiago una connotación distinta, a la que Pablo le concede en sus cartas. En Santiago, el foco del término justificar está en el veredicto de salvación que Dios dará en favor de sus hijos en el tiempo final. Esto implica que el juicio divino tomará en consideración las obras realizadas por causa de la fe verdadera que los creyentes dicen tener y que han demostrado a través de sus actos (Mat. 7:16-21; Luc. 3:8-9; 6:43-44; Apoc. 14:13; 20:12-13). Por lo tanto, Santiago no tiene la intención de predicar un evangelio distinto, promoviendo así un tipo de salvación por las obras. Todo lo contrario. Lo que Santiago quiere poner en evidencia es que una vida en Cristo es una vida transformada; y esta vida necesita estar en armonía con la voluntad divina, actuando de una manera práctica al manifestar su obediencia a Dios.

A fin de reafirmar aún más su argumentación, Santiago cita como ejemplo final la historia de Rahab, la ramera (Sant. 2:25). Rahab, nos recuerda Santiago, fue justificada por las obras cuando recibió a los espías en su casa. Ella, en virtud de lo que dice la Escritura, primero los protegió, y luego los ayudó a escapar por otro camino (Sant. 2:25; Jos. 2:1-21). Al hacer esto, Rahab evidenció una fe en acción, que hace patente lo que se cree. Para Santiago, esta fe debe reflejarse en la vida de todo aquel que sigue a Cristo.

En caso de que esto no ocurra, Santiago ilustra metafóricamente el resultado de una fe sin obras. Para él, “así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta” (Sant. 2:26). Este versículo no debe entenderse como una alusión a la inmortalidad del alma, y que Santiago cree que el ser humano está compuesto de

un alma y un cuerpo. Esto supondría que, hipotéticamente para Santiago, la muerte de una persona es el resultado de la separación de estos dos elementos. Santiago de modo alguno tiene en mente aquello. Clave para interpretar el pasaje es notar que, en este contexto, el significado de la palabra espíritu es aliento. Lo anterior incluye que, de la misma forma que un cuerpo sin el hálito de vida está muerto, así también una fe que no tiene hechos es como un cadáver que se pudre en el cementerio.

La esperanza, nos dirá Santiago, comprende no solo ser oidores del mensaje divino, sino igualmente obedecerlo y ponerlo en práctica (Sant. 1:22). El que oye el evangelio sin hacer lo que dice es como el que se mira en un espejo, y que luego se va y olvida lo mal que se veía (Sant.1:23-24). Por esa razón, Santiago nos aconseja a meditar infatigablemente en la ley perfecta, la de la libertad, y perseverar en ella, “no siendo oidor olvidadizo sino hacedor de la obra” (Sant. 1:25).

## **CONCLUSIÓN**

No existen contradicciones en el texto bíblico, menos existe desunión doctrinal entre el pensamiento de Pablo y Santiago. Pablo tiene en mente la fe que opera en beneficio de la salvación del ser humano, mientras Santiago se refiere a la demostración de la fe. La fe, nos dice Santiago, puede ser una fe muerta, y hasta satánica. Y esto ocurre cuando nos volvemos insensibles con nuestro prójimo o desobedecemos la voluntad de Dios. Por esta razón, la fe debe dejar en evidencia que somos seguidores del Maestro, y para que esto sea una realidad nuestro comportamiento debe estar en concordancia con la revelación divina.

## **INVITACIÓN**

Entre tanto la fe es un sentimiento para algunos, o simplemente una aceptación mental, para el creyente comprende experimentar una vida de obediencia. Es por esta fe viva que nuestras acciones predicán con una fuerza mayor y más convincente a un mundo que no solo espera escuchar teorías teológicas, sino asimismo ver cómo la fe del evangelio nos ha transformado de una manera práctica. El Señor nos invita cada día a crecer en fe, y amar, como dice Juan, no “de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18).

TÍTULO:

## VENCIENDO EN EL JUICIO INVESTIGADOR

Texto bíblico:

“Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones. Entonces, cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Cor. 4:5).

### INTRODUCCIÓN

En el juicio investigador, también llamado de pre-advenimiento, el creyente es juzgado delante de los seres celestiales en base al contenido de los libros que son abiertos antes de la segunda venida de Jesús (Dan. 7:9-14). Estos libros contienen el nombre y memoria de vida de los creyentes, quienes, si bien no están presentes físicamente delante del trono, son juzgados a partir de estos registros (Sal. 69:28; Dan. 12:1; Mal. 3:16; Apoc. 3:5). Es obvio que este juicio pre-advenimiento no tiene la intención de informar a Dios de algo que él ya sabe de antemano (Sal. 44:21; 139:4). Lo que el juicio busca es establecer una base legal que demuestre públicamente que el veredicto que Dios dará es justo y verdadero (Apoc. 20:4, 12, 15).

Considerando que hoy no tenemos acceso a esos libros, siempre es oportuno tener presente que el juicio le pertenece a Dios, y no a nosotros. Sin embargo, es común que nos entrometamos en la obra divina, dando nuestra opinión sobre el caminar cristiano de los miembros de iglesia, olvidando que el único que conoce todo, y a todos, es Dios. En el día de hoy examinaremos cómo Pablo aconseja a la iglesia de Corinto que es mejor callar y no juzgar antes de tiempo (1 Cor. 3:1-4:5).

## EL FUNDAMENTO DE LA IGLESIA ES CRISTO

(1 Cor. 3:1-17)

La iglesia de Corinto estaba dividida entre facciones que se alineaban alrededor del liderazgo de hombres (1 Cor. 1:11-12). Algunos decían ser de Pablo, mientras otros se declaraban seguidores de Apolos (1 Cor. 3:1-4). Este tipo de actitud demostraba una lectura humana que leía de manera equivocada la función y propósito de los líderes de iglesia (1 Cor. 3:3-4). A través del uso de una imagen agrícola, Pablo afirma que, si bien él y Apolos plantaron y regaron, el crecimiento de la iglesia de Corinto depende exclusivamente de Dios (1 Cor. 3:5-8). Dicho de otra manera, Pablo y Apolos son colaboradores de Dios, pero no son los dueños de la iglesia (1 Cor 3:9-17).

Pablo, como bien los sabían los miembros de Corinto, fue el fundador de esta iglesia (Hech. 18:1-21; 1 Cor. 3:10). Él, como un hábil arquitecto, colocó el fundamento, el cual, como el mismo lo describe, es Jesucristo (1 Cor 3:10-11). Todo lo que se edifique encima, por lo tanto, debe estar en armonía con este cimiento. Esto es sin duda una advertencia contra los líderes de Corinto, quienes estaban levantando un liderazgo que creaba disensión entre los hermanos.

Es por esta razón que Pablo afirma que “si alguien edifica sobre este fundamento con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno y hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la pondrá al descubierto, pues por el fuego será revelada” (1 Cor. 3:12-13). Pablo, de esta manera, ha dejado el juicio de los líderes de la comunidad de Corinto en manos de Dios. Si lo que ellos edificaron permanece, y no es destruido, recibirán recompensa (1 Cor. 3:14). Pero si se llegare a quemar, sufrirá pérdidas; aunque el constructor se salvará (1 Cor. 3:15). La salvación de este último demuestra que, si bien él actuaba de manera equivocada, este no tenía la intención de arruinar la iglesia.

No obstante, aquellos que se atrevan a destruir el templo de Dios, que es la iglesia, Dios los destruirá (1 Cor. 3:16-18). En esta parte de la argumentación el tono y el lenguaje de Pablo mudan, pues aquí el problema, y la amenaza, son distintas. En este caso no hubo equivocaciones o incompetencia, sino desidia, y el deseo de deshacer lo que Dios enseña. Este tipo de liderazgo, sin duda, será aniquilado. Sin embargo, no olvide que quien conoce cuáles eran y son las intenciones de estos hombres es únicamente Dios, y es a él a quien debemos dejar el juicio.

La iglesia no está libre de la entrada de lobos rapaces que quieren destruir la obra de Dios. Pablo los combatió (1 Cor. 16:22; Gál. 1:8-9), y nos previno acerca de su presencia (Hech. 20:29; ver también Mat. 7:15). Como iglesia, y de forma individual, debemos preocuparnos por desenmascarar a todos aquellos que intentan desfigurar las enseñanzas de la Biblia, y procuran dejar nuestra iglesia doctrinalmente a la deriva. Pablo, sin embargo, nos recuerda que será Dios quien los destruirá.

## **EL QUE JUZGA ES EL SEÑOR** (1 Cor. 3:19-4-1)

El problema que existía entre algunos de los miembros de la iglesia de Corinto, y todavía existe hoy, es el de creer que ellos eran lo suficientemente sabios para determinar humanamente a qué facción ellos pertenecían. Es más, aparentemente estos se sentían especialmente preparados para defender o apoyar la existencia de liderazgos personales. No se engañen, dirá Pablo, “si alguno entre vosotros cree ser sabio en este mundo, hágase ignorante y así llegará a ser verdaderamente sabio” (1 Cor. 3:19).

La sabiduría humana, asevera Pablo, es una locura; pues, como está escrito en el libro de Job, “Él prende a los sabios en la astucia de ellos” (Job 5:13; 1 Cor. 3:19). Al citar este pasaje del Antiguo Testamento, Pablo demanda que los miembros de Corinto reconozcan que aun las personas consideradas en este mundo sabias no pueden competir contra Dios, quien es ínfimamente superior en sabiduría y entendimiento. Con el fin de fortalecer lo antes dicho, Pablo alude al Salmo 94, destacando el hecho de que Dios conoce los pensamientos de los hombres, y de que estos son vanidad (Sal 94:11; 1 Co 3:20). Por lo tanto, ningún ser humano debe gloriarse en su propia sabiduría (1 Co 3:21). Esto lo incluye a él, Pablo, y a Apolos; y por cierto a los líderes y miembros de la iglesia de Corinto.

Para Pablo, nadie debe vanagloriarse a favor o en relación de ningún tipo de liderazgo humano (1 Cor. 3:21). Estos hombres, como nosotros, son simples criaturas. Ellos, como fue dicho anteriormente, no son el cimiento. Por lo cual, en vez de enorgullecernos de que seguimos a tal o cual líder, gloriémonos en Cristo, el creador y fundamento de la iglesia (1 Cor. 3:10-11).

El punto al cual Pablo quiere llegar es subrayar que nosotros no pertenecemos a esos líderes, sino que ellos le pertenecen a la iglesia

y, por lo tanto, a nosotros. “Todo es vuestro” (1 Cor. 3:21), Pablo afirma, recordándonos con esto que él, Apolos y Cefas son servidores y administradores de los misterios de Dios. Por lo tanto, ambos trabajan para Cristo y son instrumentos de la iglesia (1 Cor. 3:22-4:1). Los miembros de Iglesia, consiguientemente, no deben dividirse en torno a disputas que buscan ensalzar líderes humanos. Los líderes son de la iglesia, y nosotros le pertenecemos a Jesús (1 Cor. 3:23).

Esta enseñanza es claramente pertinente. En el mundo actual, si bien hay una crisis de liderazgo político, los que existen han llevado a que muchos se alineen con una figura en particular. Los que siguen a estos hombres tienen apodos a partir del nombre de este personaje, creando las facciones que hoy dominan la sociedad actual. Si bien Dios siempre levanta hombres y mujeres para guiar a su pueblo, puede ocurrir que algunas personas malentiendan el concepto del discípulo, ensalzando a esas personas al punto de olvidar que el fundamento de la iglesia es Jesús. Dios nos invita a que no nos abandemos en favor de esos hombres y mujeres, y sí que les recordemos que ellos y ellas se deben someterse y trabajar para el Señor de la iglesia.

## **NO JUZGUÉIS ANTES DE TIEMPO** (1 Co 4:2-5)

Los líderes de iglesia, sean quienes sean, deben ser personas fieles (1 Co 4:2). Esto es lo que se requiere y exige de cualquier hombre o mujer que asume una posición de liderazgo. Pero no es la iglesia quien necesariamente los juzga. Las intenciones del corazón únicamente las conoce Dios, y es a él a quien debemos dejar el juicio (1 Cor. 3:3-5). Pablo pide eso (1 Cor. 3:3-4), y creo que debemos concedérselo, en particular cuando estudiamos el resultado y fin de su carrera como apóstol (2 Tim. 4:6-8). El problema, sin embargo, era que los creyentes de la iglesia en Corinto carecían del relato completo de la vida del apóstol; y, considerando que estos estaban divididos en facciones que homenajeban a ciertos líderes sobre otros, es claro que ellos habían comenzado a juzgar el trabajo de Pablo.

Pablo declara su inocencia, y se siente en paz porque quien lo juzga es el Señor, y no los que oyen la carta a los Corintos (1 Cor. 4:4). Su preocupación no estaba en lo que otros dijeran sobre él, ni su autoestima tenía como base la aceptación social de la iglesia. El confiaba en Dios, y sometía su trabajo al juicio divino, no al humano. Esto, no hay duda, es importante que lo tengamos en mente, pues vivimos en

un mundo que muchas veces enjuicia de una manera incorrecta. El mundo, ni nadie en esta Tierra, puede leer el corazón del cristiano y dictaminar judicialmente aquello que solo Dios sabe.

Al mismo tiempo, podemos caer también en el error de comenzar a juzgar a nuestros líderes y hermanos de iglesia, olvidando que es el Señor quien aclarará lo que está oculto en la oscuridad, “y manifestará las intenciones de los corazones” (1 Cor. 4:5). Por lo tanto, no cometamos el error de Samuel, quien, aun siendo un hombre de Dios, erró al pensar que Eliab era a quien Dios elegiría para ser rey en Israel (1 Sam. 16:6). “No mires a su parecer,” dijo Dios, “ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 S 16:7).

Nuestro conocimiento actual es limitado. Esto no solo incluye nuestra percepción del tiempo, haciéndonos ignorantes de lo que ocurrirá con nuestra vida aquí en esta Tierra (Sant. 4:13-15), sino también tiene que ver con lo que pasa internamente en el corazón de otras personas. Pero llegará un día, Pablo dice, cuando Dios manifestará lo que nadie sabe, y dará a conocer públicamente las intenciones del corazón (1 Cor 4:5). Esto ocurrirá en ocasión de la segunda venida de Jesús (1 Cor. 4:5). Será en ese momento cuando “cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Cor. 4:5).

La base de este juicio es la ley de Dios (Rom. 2:12-16) así como también se asienta en el acto de examinar las obras de aquellos hombres y mujeres cuyo veredicto fue contrario, y fueron condenados (Apoc. 20:13; Mat. 24:45-51; 25:41-46; Juan 5:28-29). De este modo, mientras los justos reciben la recompensa de la vida eterna (1 Co 15:51-57), es decir, obtienen lo que Pablo llama la alabanza de Dios (1 Cor. 4:5), los impíos son condenados (Mat. 25:31-46).

Será en ese momento, en la segunda venida, cuando los justos tendrán acceso a los registros por el cual los impíos fueron juzgados y hallados culpables. El libro de Apocalipsis describe aquel evento de manera vívida, informándonos que este juicio acontecerá durante el milenio (Apoc 20:4-6). Es decir, después que Jesús regrese desde las nubes del cielo (Apoc. 19:11-20:3; 1 Tes. 4:13-5:11). Es en este contexto que Juan ve tronos, y sobre ellos a “los que recibieron facultad de juzgar,” los cuales “serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años” (Apoc. 20:4, 6). Es durante estos mil años que los redimidos confirmarán que el juicio de Dios es justo, y alabarán el nombre del Señor, reconociendo que los caminos del Señor son jus-

tos y verdaderos (Apoc. 15:3). Y será solo ahí, en ese instante, cuando Dios revelará “lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones” (1 Cor. 4:5).

Los seres humanos somos personas impacientes y deseamos que las cosas se solucionen u ocurran instantáneamente. Los tiempos de Dios son distintos a los nuestros (Ecl. 3:1-8), y debemos adecuarnos a lo que la revelación divina nos enseña acerca del juicio divino. Existen muchas cosas que hoy no entendemos, y entre ellas están las intenciones personales de aquellos que viven entre nosotros y que también aman al Señor. No tenemos la capacidad de leer el corazón de las personas, ni menos podemos conocer lo que pasa por sus cabezas. Lo consecuente, y lo que debemos hacer en palabras del apóstol Santiago, es no murmurar contra los hermanos, pues “el que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la Ley y juzga a la Ley; pero si tú juzgas a la Ley, no eres hacedor de la Ley, sino juez” (Sant. 4:11).

Dejemos que el juez, el rey de gloria, nuestro Señor Jesucristo sea aquel que juzgue nuestra vida y la de los demás (Juan 5:22-30; Hech. 17:30-31; 2 Tim. 4:8). Él, quien es también nuestro abogado (1 Juan 2:1-2), juzgará rectamente, y al hacer esto dejaremos que Dios sea Dios.

## **CONCLUSIÓN**

La iglesia de Corinto era una iglesia dividida en facciones, las cuales se agrupaban en torno a líderes. Los miembros de Corinto pensaban que ellos les pertenecían a esos líderes, cuando en realidad ellos le pertenecían a la iglesia. El juicio de esos líderes, así como el juicio humano entre los creyentes, debe ser dejado en manos de Dios. En el momento oportuno, cuando en el milenio los salvos tengan acceso a los libros que fueron la base del juicio, podremos entender lo que no comprendemos hoy.

## **INVITACIÓN**

Dios nos invita a dejar a Dios ser Dios. Él es el único que sabe lo que el ser humano piensa (Sal. 44:21; 139:4). Sigamos mejor el consejo de Jesús, quien nos ordena a no juzgar para no ser juzgados (Mat. 7:1-4). Pidámosle a Dios, en oración, que primero saquemos la viga de nuestro propio ojo, para luego ir y sacar la paja del ojo de nuestro hermano (Mat. 7:5).

# TÍTULO:

## VENCIENDO EN EL SUFRIMIENTO

Texto bíblico:

“Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Ped. 5:7)

### INTRODUCCIÓN

Al sentirnos nerviosos o preocupados por diversas cuestiones que vivimos cotidianamente, estamos, de alguna forma u otra, expresando algún grado de ansiedad en nuestra vida. Este tipo de sensación es parte de la experiencia humana, la que nos recuerda que estamos vivos. Por otro lado, existen también los llamados trastornos de ansiedad. Esta ansiedad patológica, a diferencia de la primera, es constante, extensa y exagerada, y necesita ayuda médica.

Nuestro estudio de hoy no se centrará en la ansiedad patológica, la que requiere la opinión de un especialista, sino en aquella que los seres humanos experimentamos en momentos determinados de estrés, y que se despierta ocasionalmente. Esta, sin duda, es una forma de sufrimiento, y como creyentes no estamos exentos a sus ataques. En el estudio de hoy examinaremos lo que el apóstol Pedro, en su primera carta, nos enseña acerca de lo que podemos hacer con este tipo de ansiedad (1 Ped. 5:1-11).

### DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS (1 PED. 5:1-5)

No podemos negar que el cristiano sufre. En ninguna parte de la Biblia se dice lo contrario (Sal. 34:19; 2 Tim. 3:12; Sant. 1:2-4). Es importante tener en cuenta que, desde la perspectiva bíblica, el que es afligido no necesariamente lo hace porque haya pecado. Los malos, nos recuerdan los profetas y poetas del Antiguo Testamento, a veces prosperan, mientras los justos padecen aflicción (Sal. 73:3; Ecl. 7:15; Job 21:7-17; Jer. 5:28; 12:1). El libro de Job ilustra perfectamente aquello; una historia que nos enseña una verdad clave: los justos también sufren (Job 1:1-2:13).

Pedro afirma que no nos podemos sorprender “del fuego de prueba que nos ha sobrevenido” como si eso fuese algo extraño (1 Ped. 4:12). Al contrario, debemos alegrarnos, pues estamos siendo copartícipes de los sufrimientos de Jesús (1 Ped. 4:13). Es un privilegio, Pedro dirá, sufrir por Cristo. Al mismo tiempo, es una vergüenza, y una blasfemia padecer persecución por ser homicidas y ladrones (1 Ped. 4:14-15). Por esa razón, si hemos de padecer, debemos hacerlo por ser cristianos, aceptando la voluntad de Dios (1 Ped. 4:16, 19).

Luego de decir esto, Pedro se dirige a los ancianos de iglesia (1 Ped. 5:1-4), quienes eran los líderes que se preocupaban pastoralmente de las regiones del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (1 Ped. 1:1). La orden que les da Pedro es la apacentar la grey que Dios les había dejado a cargo, “cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente” (1 Ped. 5:2). Ellos no eran los dueños, ni los señores, de los miembros de la iglesia que ministraban. Por lo cual, el liderazgo que debían ejercer era el del ejemplo (1 Ped. 5:3), mostrando entusiasmo a la hora de servir al rebaño (1 Ped. 5:2). En virtud de esto, Pedro los anima a trabajar, no por una ganancia deshonesta (1 Ped. 5:2), y si porque un día recibirían “la corona incorruptible de gloria” de las manos del Pastor supremo (1 Ped. 5:4).

Seguidamente, Pedro se dirige a los jóvenes, amonestándolos a someterse a los ancianos que los lideraban. Esta orden descansa en el mismo principio que Pedro empleó previamente. Pues, así como los líderes de iglesia deben someterse al liderazgo de Pedro, los jóvenes deben actuar de la misma forma y someterse a los ancianos (1 Ped. 5:5). El acto de someterse a otro no es una tarea sencilla, es por esto que Pedro les aconseja a revestirse de humildad (1 Ped. 5:5). Y esta amonestación no sólo se dirige a los jóvenes, sino también a los ancianos, por lo cual nadie está exento.

El vocablo humillad, tal y como es usado aquí en este pasaje, expresa una actitud de servicio amoroso (Hech. 20:19) que moldea nuestro trato con el prójimo (Efe. 4:2). En esencia, el término describe a una persona que coloca las necesidades y deseos de los otros en primer lugar. Un autor que ilustra de un modo claro lo antes dicho es Pablo, quien ordena: “No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos” (Fil. 2:3, Nueva Versión Internacional). Esto fue lo que hizo el propio Jesús, quien, “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí

mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” (Fil. 2:6-7). En otras palabras, el acto de humillación que Pedro exige tiene como modelo a Jesús, quien “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta muerte, y muerte de cruz” (Fil 2:8).

Pedro señala que una disposición diferente, una que se centre en el yo, y que olvide al prójimo, no es el camino por el cual el creyente debe transitar (1 Ped. 5:5). Esto porque Dios resiste a los soberbios (1 Ped. 5:5; Prov. 3:34). Una persona soberbia es aquella que actúa de manera egoísta y vana, sin importarle las consecuencias que acarrea tal conducta. Dicho de otra manera, un soberbio quiere tomar el control de su vida, sin respetar ni siquiera la voluntad divina. ¿Cómo podría entonces alguien que actúa soberbiamente sufrir en nombre de Cristo? Esto genera un problema, porque los que padecen lo hacen de acuerdo con la voluntad de Dios (1 Ped. 4:19). Esto explica porqué Dios da gracia a los humildes, quienes se han sometido a la voluntad divina al punto de exponer sus vidas por Cristo (1 Ped. 4:12-13).

Es importante destacar que nuestra tendencia como seres humanos es tomar el timón de nuestra vida, e independizarnos de Dios. La sociedad occidental en la cual vivimos nos enseña y nos motiva a actuar de esa manera. Por otro lado, Pedro nos invita a transitar el camino contrario. Esto es, a ser sumisos unos con los otros, para que de este modo aprendamos sobre todo a ser obedientes con Dios.

## **LA SOBERBIA Y LA ANSIEDAD (1 PED. 5:6-7)**

Teniendo en mente todo lo dicho anteriormente, Pedro nos invita para que nos humillemos “bajo la poderosa mano de Dios” (1 Ped. 5:6). Esto significa reconocer nuestra insuficiencia y limitaciones humanas. No sabemos la razón ni por qué sufrimos, ni tampoco conocemos lo que sucederá con nuestra vida terrenal en el futuro. Visto así, el acto de humillarse comprende permitir que Dios sea quien dirija nuestra vida, y aceptar que el sufrimiento que vivimos opere de acuerdo con su voluntad. Debido a esto, resulta esencial destacar que esta disposición sumisa que Pedro nos amonesta seguir no ocurre en un vacío existencial o se realiza en un contexto sin rumbo. El sometimiento ocurre al depositar nuestra vida “bajo la poderosa mano de Dios” (1 Ped. 5:6). Esto implica creer que la mano de aquel que nos creó tiene también cuidado de nosotros (1 Ped. 5:7).

Jesús instruyó acerca del cuidado que tiene Dios con aquellos que lo aman en ocasión del sermón del monte. Nosotros, dice Jesús, so-

mos más valiosos que las aves del cielo y los lirios del campo, y aun así Dios las alimenta y los viste (Mat. 6:25-30). Por consiguiente, no nos afanemos por aquello que aún no ocurre, o con el alimento que estaría faltando hoy sobre nuestra mesa (Mat. 6:31-34). Busquemos primero, dice Jesús, “el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:34).

Es bajo este contexto que Pedro nos convida a echar toda nuestra ansiedad sobre la mano poderosa de Dios (1 Ped. 5:7). El adjetivo “toda” resalta que la ansiedad que cada uno experimenta puede ser distinta para cada individuo, es decir, asumir diferentes formas. Para unos puede ser el trabajo, y para otros los hijos. Da igual. Pues sin importar lo que nos aflija, el Señor está dispuesto a escuchar, pues está preocupado de lo que nos sucede (1 Ped. 5:7). Por esta razón, vale la pena notar que el acto de echar nuestras ansiedades sobre él subraya la importancia que tiene la oración para el creyente. El apóstol Pablo resume perfectamente esto, al decir: “Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fil. 4:6). En consecuencia, oremos y contémosle a Dios el afán que no nos deja dormir, y después cerremos nuestros ojos creyendo y confiando en el poder de su mano poderosa (1 Ped. 5:6-7).

## **EL DIABLO TAMBIÉN ESTÁ ANSIOSO** (1 Ped. 5:8-11)

Pedro nos amonesta a practicar el dominio propio y a velar (1 Ped. 5:8). En ambos casos, lo que se requiere es llevar a cabo decisiones y ocuparnos en nuestra “salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:12). El creyente, de esta manera, está llamado a progresar espiritualmente, y reconocer que somos parte de un gran conflicto cósmico, por lo cual es nuestro deber estar atentos a las asechanzas del enemigo (1 Ped. 5:9).

El diablo, nuestro adversario, “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Ped. 5:8). Es probable que Pedro tenga en mente las asechanzas del diablo como causa de la ansiedad que sus oyentes estaban experimentando. Como notamos previamente, Pedro instruye a los miembros de iglesia a padecer en nombre de Cristo, aceptando el sufrimiento como parte de la voluntad de Dios (1 Ped. 4:12-19). Esta asociación, entre Satanás y la persecución, com-

prende entender que a veces Dios consiente en que el diablo actúe en momentos específicos de nuestra vida (Job 1:1-2:13; Apoc. 2:10).

Dios, empero, no permite el sufrimiento de sus hijos porque él se complazca en ello. Dios no se complace siquiera en la muerte de un pecador, esperando en cambio que este se convierta y viva (Eze. 18:31). Esto implica que Dios no es un masoquista que siente placer al ver una persona sufriendo. El causante del sufrimiento, y del mal que vivimos, no es Dios (Sant. 1:13-15), sino el diablo, la serpiente del Edén (Gén. 3:1-7; 4:1-8). Y es el enemigo, no Dios, quien anda como un león rugiente en busca de presas con el fin de destruirlas (1 Ped. 5:8). A diferencia del diablo, Dios nos ama, al punto de enviar a su Hijo unigénito al mundo, “en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10). Nunca olvidemos aquello.

El propósito del sufrimiento, cuando lo entendemos desde la perspectiva bíblica, consiste en reconocer que Dios posibilita que lo vivamos porque él desea enseñarnos algo (Sant. 1:2-4). Nuestra fe, dirá Pedro, es semejante al oro (1 Ped. 1:7). Y, así como el oro debe ser pasado por el fuego para reconocer si es auténtico o no, la fe, luego de pasar por la prueba de la aflicción, será “hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Ped. 1:6-7). De este modo, evitemos caer en la trampa de pensar que por el solo hecho de ser hijos e hijas de Dios estamos protegidos contra cualquier tipo de padecimiento. Desgraciadamente, y a partir de nuestra experiencia cristiana, sabemos que el resultado es totalmente opuesto a lo que muchas veces se predica. Pues, como afirma Pablo, “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim. 3:12).

El sufrimiento, sin embargo, no durará eternamente. Porque, en palabras de Pedro, Dios nos exaltará cuando fuere tiempo (1 Ped. 5:6). Ese tiempo puede ser ahora, o quizás en la segunda venida de Jesús. Independientemente de cuál sea el caso, Jesús en algún momento hará justicia y nos restaurará. Lo importante para Pedro, no obstante, es el efecto discipulador que tiene el sufrimiento, y que nos conlleva a reconocer que lo que el gran Maestro espera es que sus hijos e hijas depositen en él toda su ansiedad (1 Ped. 5:7).

Es verdad que la experiencia de la ansiedad nos es placentera, y el conflicto que vivimos a veces nos deja agotados. Sin embargo, es transcendental en este contexto reconocer la visión comprensiva que tiene la Escritura al respecto. Esto significa tener en mente que,

aunque “es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza”, una vez que haya pasado, esa experiencia dará “fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados” (Heb. 12:11).

Los frutos prometidos conllevan crecer en gracia y carácter. En gracia, porque habremos soportado la prueba únicamente amparados bajo sus alas. En carácter, porque al salir del padecimiento que él permitió que viviéramos, nuestra lectura del mundo, y de nuestro relacionamiento con Dios, será distinto. Pues, como dice Santiago en su epístola, la fe que es probada produce paciencia (Sant. 1:2). De esta manera, luego de que la aflicción haya pasado, y de haber aprendido a depender de Dios, podremos descansar en esa promesa. Y no solo eso, pues también tendremos la capacidad espiritual de ver cómo el Señor nos anima constantemente, sabiendo que en el momento de ansiedad que podemos estar viviendo, podemos confiar que, al echar todas nuestras inquietudes en él, estamos bajo el cuidado de su mano poderosa.

## **CONCLUSIÓN**

El consejo de Pedro contra la ansiedad humana consiste en echar nuestras cargas y problemas en Dios. Esto significa que debemos orar, y creer, que el Señor está preocupado y cuida de nosotros. El diablo es sin duda una fuente de ansiedad, quien procura destruirnos. Por esto, debemos resistir sus artimañas. Y para que aquello ocurra, tenemos que estar conscientes de sus ataques, y reconocer, en humildad, que nuestra única esperanza está en el Señor. Pues, no olvidemos: “Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes” (1 Ped. 5:5, Nueva Versión Internacional).

## **INVITACIÓN**

Oremos para reconocer que sin el Señor somos nada. En un acto de humildad, y dejando de lado la soberbia, oremos para abandonar nuestras tendencias de superioridad e independencia. Al echar nuestra ansiedad sobre Dios, nos estamos sometiendo a su voluntad, proclamando públicamente que él es nuestro Dios, y en sólo él confiamos. Por lo tanto, creamos y aceptemos que el propósito de nuestro sufrimiento tiene el objetivo de transformar nuestro carácter.

TÍTULO:

## VENCIENDO LAS TRAMPAS DE SATANÁS

Texto bíblico:

“Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: ‘Sorbida es la muerte en victoria’” (1 Cor. 15:54).

### INTRODUCCIÓN

La cultura religiosa popular, de la cual, aunque no lo queramos, usted y yo somos parte, enseña que el ser humano posee un alma inmortal. Al momento de morir, nos dicen, el hombre y la mujer dejan de existir terrenalmente, y asumen una vida espiritual eterna. Los justos, es enfatizado, vivirán en el cielo para siempre, mientras los impíos sufrirán un castigo que jamás terminará. La Biblia, sin embargo, afirma algo distinto. El hombre y la mujer no poseen un alma, sino que son un alma (Gén. 2:7; Eze. 18:20). Por lo tanto, son seres mortales.

Bíblicamente, al morir, el aliento de vida de los seres vivientes retorna a Dios, y el cuerpo queda en la tumba (Sal. 104:29; Ecl. 3:19-21; 12:7). De esta manera, el ser humano, cuando muere, no sabe ni siente nada (Sal. 6:5; 115:17; 146:4), pues “su memoria cae en el olvido” (Ecl. 9:5). No obstante, en la segunda venida de Jesús, los justos recibirán la vida eterna y estarán “siempre con el Señor” (1 Tes. 4:16-17). El estudio del día de hoy se centrará en la promesa de la inmortalidad, y lo haremos examinando el capítulo 15 de la primera carta de Pablo a los Corintios (1 Cor. 15:35-58).

### LOS TIPOS DE CUERPO Y LA MUERTE (1 COR. 15:35-46)

En primera de Corintios 15, Pablo advierte acerca de la importancia que tiene considerar como una promesa real el tema de la resurrección de los muertos (1 Cor. 15:1-34). La base que sustenta esta espe-

ranza es la propia resurrección de Jesús (1 Cor. 15:12-18). Si alguien pone en duda o niega esta promesa, esto significa que Cristo no resucitó, y, por lo tanto, nuestra predicación y nuestra fe son vanas, y no sirven para nada (1 Cor. 15:12-14).

Pablo afirma que Jesús resucitó de los muertos, y existen testigos que pueden aseverar esto, entre los cuales se cuenta el mismo Pablo (1 Cor. 15:1-8). Como sabemos, Pablo fue inicialmente un perseguidor de la iglesia (Hch. 8:3; 1 Cor 15:9; Gál. 1:13), “prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres” (Hech. 22:4). Fue en una de esas incursiones que Pablo, en el camino a Damasco, vio al Jesús resucitado (Hech. 9:1-19), y se transformó en el apóstol de los gentiles (Rom. 11:13; 1 Ti 2:7). Consecuentemente, como testigo de los hechos, Pablo asegura que la resurrección de los muertos es un acto concreto y real que acontecerá en ocasión de la segunda venida de Jesús (1 Cor. 15:20-23; 1 Tes. 4:13-17).

Es probable que alguno se pregunte, así como Pablo lo señala, el tipo de cuerpo que tendrán los resucitados (1 Co 15:35). Pablo, usando una metáfora agrícola, responde que, así como lo que nace de una semilla que es sembrada en la tierra difiere en forma y es distinta a lo que fue plantado, de la misma manera los cuerpos de los que resuciten en la segunda venida serán diferentes, en naturaleza, a los que fueron depositados en la tumba al momento de la muerte (1 Cor. 15:36-37).

Es importante notar que es el Señor, como el autor de la vida, quien lleva a cabo este milagro, y quien realiza, por medio de su poder, la transformación de los cuerpos (1 Cor. 15:38). Sin embargo, no todos los cuerpos, o “carnes”, como Pablo también los llama, son iguales: “una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces y otra la de las aves” (1 Cor. 15:39). Estas “carnes” resaltan el hecho de que, así como existen diferencias corporales entre los seres vivos que habitan en este mundo, así también “hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales” (1 Cor. 15:39-40).

Sin embargo, como dice Pablo, “una es la hermosura de los celestiales y otra la de los terrenales” (1 Cor. 15:40). El esplendor del sol, la luna y las estrellas es comparativamente distinto al de sus contrapartes terrenales, los cuales incluso entre ellos se distinguen también en gloria y belleza (1 Cor. 15:41). De esta misma forma, así como existen diferencias entre las carnes terrenales y celestiales, la naturaleza de los cuerpos de los redimidos en el día de la resurrección será distinta en ocasión de la resurrección.

Lo que en la tumba se deposita hoy en corrupción, resucitará en incorrupción, honra y gloria (1 Cor. 15:42-44). Las enfermedades que nos aquejan, y que llevaremos con nosotros al sepulcro, desaparecerán en la resurrección, pues lo que se “se siembra en debilidad, resucitará en poder” (1 Cor. 15:43). Esto es, sin duda, una noticia maravillosa. A las personas que hoy padecen algún tipo de sufrimiento, pasajero o permanente, o alguna clase de imposibilidad corporal, se les promete que aquello que las aqueja desaparecerá. Lo que resucitará, o se transformado, no será el mismo cuerpo que tenemos hoy, sino uno espiritual (1 Cor. 15:44-47).

### **EN UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS** (1 COR. 15:47-54)

Si bien el cuerpo que tenemos hoy no será el mismo que Dios nos promete tendremos en aquel día, eso no significa que debamos entender que aquel cuerpo espiritual no será material (1 Co 15:44-49). Adán fue un ser viviente, y Jesús, el postrer Adán, es “espíritu que da vida” (1 Co 15:47). Con todo, el hecho de que Jesús sea llamado espíritu no significa que él resucitó como un ser inmaterial, o que en su encarnación hubiera tomado alguna forma fantasmagórica. Jesús demostró, durante su ministerio, poseer una naturaleza humana semejante a la nuestra. Tuvo hambre (Mar. 11:12), se cansó (Juan 4:6) y sus ropas (Mat 9:20), o él, experimentaron algún tipo de contacto físico (Mar. 1:41; 3:10). Asimismo, después de su resurrección, Jesús come un pez asado (Luc. 24:42) y les reparte el pan a sus discípulos (Juan 21:13). Observe que es el propio Jesús quien señala que el cuerpo espiritual que él asumió en su resurrección no es inmaterial: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo” (Luc. 24:39; ver también Juan 20:27). Vale la pena notar además que Jesús, después de resucitar, es reconocido por los discípulos (Luc. 24:36-44; Juan 20:19-20). Es verdad que los discípulos que iban de camino a Emaús no lo reconocieron al principio (Luc. 24:31), pero esto ocurrió solo porque inicialmente “los ojos de ellos estaban velados” (Luc. 24:16).

Por otro lado, es significativo observar que el cuerpo de Jesús es distinto a la forma física que hoy conocemos y poseemos. Al partir el pan en frente de los discípulos que habitaban en la aldea de Emaús, Jesús desaparece súbitamente al ser reconocido (Luc. 24:31). Luego, en el mismo día, Jesús se les aparece a los discípulos cuando las puertas del lugar en donde ellos estaban se encontraban cerradas

(Juan 20:19, 26). Podemos notar en estos dos ejemplos que el cuerpo resucitado de Jesús es diferente al terrenal en términos temporales y espaciales. Este es llamado técnicamente 'cuerpo glorificado'. Y ese es el cuerpo que Jesús promete que tendrán los redimidos en ocasión de su venida.

La promesa de la restauración del cuerpo es resumida y afirmada nuevamente por Pablo al decir: “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción” (1 Cor. 15:50). La expresión “carne y sangre” es usada por Pablo metafóricamente, dando a entender con ella que nuestro cuerpo terrenal no será aquel que será llevado al cielo cuando Jesús regrese. Y debemos dar las gracias por eso, porque no es un misterio que nuestro cuerpo, así como las máquinas, se desgasta, y llega un momento cuando ya no existen más “repuestos” que puedan darle vida.

Necesitamos, por consiguiente, un cuerpo espiritual como el de Cristo. Esto lo expresa Pablo claramente en la epístola a los Filipenses, afirmando que “él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo” (Fil. 3:21), es decir, al de Jesús. Para que esto ocurra, nuestra naturaleza actual necesitará futuramente ser transformada. Esta esperanza de restauración no solo comprende la recreación corporal de aquellos que murieron en Cristo, sino también de los que estarán vivos en la segunda venida de Jesús (1 Cor. 15:51). Esta transformación, sin embargo, no es en nada comparable a la de las cirugías estéticas, que causan dolor en el paciente. Esta, nos dice Pablo, será instantánea, pues demorará lo que demora el parpadeo de los ojos (1 Cor. 15:52).

Los muertos serán resucitados desprovistos de corrupción física, y los vivos experimentarán una transformación radical. Este cambio es absoluto, pues la mortalidad de la corrupción será eliminada, dando lugar a la inmortalidad de la incorrupción (1 Cor. 15:52). Es importante observar que la promesa de la inmortalidad es condicional y no es inherente al ser humano. Es decir, no nacemos inmortales, ni tampoco al morir vivimos eternamente en algún tipo de dimensión espiritual. El único inmortal, afirma la Biblia, es el Señor (1 Tim. 1:17), y la esperanza de la inmortalidad es dada únicamente en Cristo, quien es la resurrección y la vida (Juan 11:25). La promesa que nos ha sido dada es que quien crea en Jesús, aunque esté muerto vivirá eternamente (Juan 11:25; ver también Juan 3:15-16; 5:24).

## EL CANTO DE VICTORIA (1 Cor. 15:55-58)

Pablo nos recuerda que en Adán todos mueren, pero en la venida de Cristo, todos serán vivificados (1 Cor. 15:22). Luego, cuando Jesús “entregue el Reino al Dios y Padre,” y “haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder” (1 Cor. 15:24), el último enemigo que será destruido será la muerte (1 Cor. 15:26).

La muerte, desde la perspectiva bíblica, es como un enemigo entrometido que entró en este mundo después de la caída (Gén. 3:21; 4:8). No era parte del plan original de Dios que el ser humano muriera, ni menos que experimentara la decadencia del pecado. El hombre y la mujer fueron creados perfectos, a imagen de Dios (Gén. 1:26-31); pero, por causa del pecado, estos enferman y sus cuerpos sucumben a la corrupción y el desgaste de una vida corporal que eventualmente acaba en el cementerio (Gén. 3:16-19).

Nadie en este mundo está libre de morir, adolecer y envejecer. La industria farmacéutica y cosmética invierte cada año sumas importantes de dinero para poder encontrar la solución para la ancianidad. Este deseo, que la literatura y los mitos de antaño recrean tan vívidamente, es la llamada “búsqueda de la fuente de la eterna juventud”. Tal indagación, nos dice la Biblia, no tiene sentido alguno, pues el único remedio que existe para la muerte, la enfermedad y la vejez está en Jesús, quien tiene el poder de dar vida a los que en él creen (Juan 1:4; 5:21-26; Col. 3:4).

En cambio, los que no creen y se apartan de Jesús serán condenados, pues no han “creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn 3:18). Vale la pena subrayar que en ninguna parte de la Biblia se dice que los condenados viven eternamente en un estado constante de dolor, angustia y sufrimiento. Lo que la Biblia sí dice, es que, al finalizar el milenio, los impíos son consumidos por un fuego que desciende del cielo (Apoc. 20:9). De esta manera, no nos dejemos engañar por historias o doctrinas que le otorgan al ser humano una inmortalidad constitutiva.

Al momento de la transformación de los cuerpos, y “esto mortal se haya vestido de inmortalidad”, entonces se cumplirá lo que dice la Escritura: “Sorbida es la muerte en victoria” (1 Cor. 15:54). Este pensamiento, el cual Pablo toma prestado del libro de Isaías (Isa. 25:8),

retrata el fin del poder de la muerte sobre los redimidos. Es un adversario derrotado, el cual no solamente ha perdido su poder, sino que además recibe las burlas de aquellos que Cristo ha transformado. Personificando metafóricamente la muerte, los justos irónicamente preguntan: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” (1 Cor. 15:55, Nueva Versión Internacional). Al hacer esto, Pablo describe la celebración que los justos tendrán al experimentar la transformación que ocurrirá con sus cuerpos.

Es importante subrayar que el único que debe ser alabado y exaltado es Dios, “que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 15:57). Es Jesús quien derrotó a Satanás en la cruz, y es por medio de él que los justos pueden cantar en victoria (Apoc. 12:7-11). La inmortalidad, por lo tanto, es un regalo del Señor, lo cual nos recuerda que, aunque somos polvo y aliento, cuando Jesús regrese por la segunda vez nos revestirá de inmortalidad (1 Co 15:54), y “estaremos con el Señor para siempre” (1 Ts 4:17).

## CONCLUSIÓN

El ser humano no es inmortal. La inmortalidad le pertenece únicamente al Señor, y es él, quien la otorga. La promesa es que, en la venida de Jesús, los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible y los cuerpos de los justos que estén vivos serán transformados, y a ambos se le revestirá con inmortalidad. Esto significa que la inmortalidad es condicional y no es parte inherente del ser humano. Esta es por lo tanto un regalo, y no la recibirán todos. De este modo, no olvidemos que aquella condicionalidad está directamente relacionada con nuestra vida “en Cristo” (1 Cor. 15:21-22; 1 Tes. 4:14, 16).

## INVITACIÓN

La televisión y el cine mienten. El ser humano no anda vagando inmaterialmente entre medio de los seres humanos, y no necesita, como un espíritu desencarnado, hacer buenas obras para ganar sus alas y entrar finalmente al cielo. Es solo aquellos que creen en Jesús quienes recibirán la vida eterna y vivirán para siempre con el Señor en las mansiones celestiales. Oremos para no caer en la trampa del espiritismo. Oremos también para agradecerle a Dios que un día, en la venida de Jesús, recibiremos un cuerpo espiritual.

TÍTULO:

## VENCIENDO LA AMENAZA A LA CONCIENCIA

Texto bíblico:

“La adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado” (Apoc. 13:8).

### INTRODUCCIÓN

El mundo occidental en el que vivimos es sin duda contradictorio. Mientras enaltece un tipo de vida y conducta, cuestiona el accionar de otras perspectivas que promueven visiones distintas acerca de la familia y la ética. Todo eso amparado bajo el accionar de la denominada tolerancia cultural, la que a fin de cuentas es irónicamente intolerable. Bajo esa “tolerancia intolerante” se oculta el deseo de imponer por la fuerza un punto de vista que en la mayoría de los casos contradice el relato bíblico.

El libro de Apocalipsis, por su parte, nos dice que en el fin del tiempo el punto bajo discusión estará vinculado con la ley de Dios, principalmente con la adoración divina. Aunque ese tiempo aun no llegó, podemos ver cómo surgen instancias, como las ya mencionadas, que retratan las presiones de la sociedad sobre lo que el creyente cree y predica. En el día de hoy estudiaremos el capítulo 13 del libro de Apocalipsis, y buscaremos retratar las circunstancias y personajes que serán parte de esa parte de la historia final de este mundo (Apoc. 12:17-13:18).

### LA ADORACIÓN DE LA BESTIA Y EL DRAGÓN

(Apoc. 12:17-13:10)

Juan informa que el dragón, identificado como “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás” (Apoc. 12:9), se fue a hacer guerra contra el remanente, “los que guardan los mandamientos de Dios y

tienen el testimonio de Jesucristo” (Apoc. 12:17). Del mismo modo que el dragón intentó destruir a Jesús por medio de Herodes, cuando Jesús aún era un infante (Apoc. 12:4; Mat. 2:13-18), así también el dragón usará dos bestias para llevar a cabo sus propósitos contra el resto de la descendencia de la mujer (Apoc. 12:17; 13:1, 11).

La primera bestia, que Juan ve subir del mar, tenía siete cabezas y diez cuernos, y era semejante a un leopardo, con pies como de oso y una boca como boca de león (Apoc. 13:2). La fisonomía de esta bestia nos recuerda a las bestias de Daniel 7, las cuales también suben de las aguas (Dan. 7:2-7). Es importante notar que el orden de las bestias en el Apocalipsis es dado de manera inversa, pues el primer animal que aparece en Daniel es un león, seguido de uno oso, un leopardo y de una bestia indescriptible que tenía 10 cuernos (Dan. 7:2-7).

Al considerar que las bestias están en paralelo con los metales de Daniel 2 (Dan. 2:36-40), es bíblicamente correcto afirmar que estas bestias representan a los imperios que surgirían desde Babilonia (león) hasta Roma (bestia indescriptible). Es significativo advertir que lo que primero Juan vislumbra son las cabezas y los cuernos, lo que significa que Juan estaría localizando históricamente el surgimiento de esta bestia en tiempos del imperio romano.

Sin embargo, debido a las características de la bestia y su comportamiento, es clave notar que Juan no tiene en mente el poder imperial romano, sino específicamente el papal (Apoc. 13:5-7). Es posible argumentar esto porque las características que describen la conducta de la bestia que emerge del mar se asemejan al actuar del cuerno pequeño descrito en Daniel. Uno y otro abren su boca en insolencias (Dan. 7:8, 20; Apoc. 13:5-6), hacen guerra contra los santos (Dan. 7:21; Apoc. 13:7) y atacan la función y significado del santuario celestial (Dan. 8:11; Apoc. 13:6).

El elemento nuevo que Juan añade, con todo, es el hecho de que una de las cabezas de la bestia es herida de muerte (Apoc. 13:3). Una herida mortal que luego es milagrosamente sanada, imitando así la muerte y resurrección de Jesús (Apoc. 5:6,9). Esto supone, además, que el dragón, identificado como Satanás (Apoc. 12:9), tiene el propósito de tomar el lugar de Dios y así cumplir el deseo que lo llevó a ser expulsado del cielo: el de ser semejante al Altísimo (Isa. 14:14). Esta primera bestia, por lo tanto, busca emular a Jesucristo, pues es adorada junto al dragón (Apoc. 13:4), así como Jesús y el Padre son uno (Juan 10:30) y son adorados por las huestes celestiales (Apoc. 4:10; 5:9-14).

El conflicto de intolerancia religiosa que se avecina girará en torno a la adoración exigida por la bestia, y la adoración verdadera que Dios exige (Éxo. 20:3-6). El remanente, que guarda los mandamientos de Dios (Apoc. 12:17), sabe que la ley de Dios ordena únicamente adorar a Dios y tener por falsa cualquier otro tipo de devoción (Éxo- 20:3-6; Deut. 6:13; Mat. 4:8-10). Debemos estar preparados, y eliminar hoy los falsos ídolos que puedan estar poblando nuestro corazón. Estos ídolos modernos pueden asumir formas diversas, y es deber de cada uno reconocerlos y apartarlos de nuestra vida. Haciendo esto, estaremos preparados cuando la batalla se intensifique, y nuestra vida esté siendo puesta a prueba.

Vale la pena destacar que la herida mortal que fue infligida sobre la bestia todavía no ha sido completamente sanada (Apoc. 13:3). Sabemos esto por al menos dos razones. Por un lado, aún no vemos a la tierra maravillarse, e ir en detrás de la bestia (Apoc. 13:5). Por el otro, aún no ha llegado el momento que esta será adorada por “todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado” (Apoc. 13:8). No obstante, tenemos certeza de que en algún momento aquella sanación milagrosa ocurrirá, y que aquel día no está lejano. Sabemos esto, puesto que de la misma forma que la profecía no falló en predecir que la bestia recibiría una herida, y se cumplió, así también tenemos certeza de que su curación ciertamente acontecerá en un momento futuro.

En medio del surgimiento de las dos bestias, Juan hace una pausa y nos dice que algunos serán llevados cautivos y morirán (Apoc. 13:9). Este paréntesis, sin embargo, no tiene el propósito de hacernos desfallecer, y sí el de animarnos: “Aquí están la perseverancia y la fe de los santos” (Apoc. 13:10). Es decir, en medio de la aflicción, los justos perseveran, y vencen por medio de la fe.

## **EL CORDERO, EL DRAGÓN Y LA MARCA DE LA BESTIA** (Apoc.13:11-18)

La segunda bestia, y que ahora Juan ve surgir de la tierra (Apoc.13:11), es el siguiente agente que el dragón usará para destruir al remanente (Apoc.12:17). Esta bestia “tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón” (Apoc. 13:12). Lo diferente de esta bestia, en comparación con la primera, es que su objetivo es que los moradores de la tierra adoren a la bestia del mar (Apoc.13:12).

Esto significa que, así como la primera bestia parodia la figura de Jesús, la segunda falsifica la actuación del Espíritu Santo. En otras palabras, la segunda bestia simula ser el Consolador (Juan 14:16, 26; 15:16; 16:7), “el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre”, y que testifica acerca de Jesús (Juan 15:26).

En consecuencia, y después de haber desvelado los personajes anteriores, es hora de notar que el Apocalipsis expone la existencia de una falsa trinidad. Mientras el dragón imitaría al Padre, la bestia marítima haría lo mismo con el hijo y la bestia terrestre con el Espíritu Santo. Esto significa que el engaño será mucho más complejo de lo que imaginamos, el cual tendrá claramente connotaciones religiosas.

Es significativo destacar que la actuación de la bestia terrestre ocurre únicamente cuando la herida mortal de la primera es sanada (Apoc. 13:12, 14). Cuando eso ocurra, y a fin de convencer a la humanidad para que siga y adore a la bestia marítima, la bestia que surge de la tierra “hace grandes señales, de tal manera que incluso hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres” (Apoc.13:13). Su principal estrategia consiste en engañar a los habitantes de la tierra, actuando como los profetas del Antiguo Testamento, entre ellos Moisés y Elías, quienes hicieron señales portentosas delante de Dios y los hombres (Exo. 7:11-12; 1 Rey. 18:38; 2 Rey. 1:10-14). Este accionar profético explicaría la razón por la cual Juan llama también a esta bestia “falso profeta” (Apoc.16:30; 19:20; 20:10).

Lo anterior debe invitarnos a reflexionar acerca de la importancia que tiene no dejarnos engañar por aquello que nuestros ojos ven, pero que la palabra de Dios condena. Vivimos en una sociedad repleta de falsos profetas, y que a través del engaño quiere hacernos pensar que nuestra fe en la Palabra de Dios es incorrecta. El espiritismo, así como las enseñanzas escépticas del agnosticismo, operan bajo la bandera de la duda bíblica, y promueven una actitud intelectual y religiosa que busca destruir nuestra fe en el Dios verdadero. Es esencial que nuestro estudio de las Sagradas Escrituras nos prevenga de tales tentaciones, y que la presencia del Espíritu Santo sea una realidad diaria en nuestras vidas.

Es transcendental reparar que el foco de esta parte del relato nuevamente tiene que ver con el acto de adorar a la primera bestia (Apoc. 13:12). Y no debe sorprendernos que el principal promotor de esta falsa adoración sea la bestia que sube de la tierra (Apoc. 13:12, 15). Aquí, sin embargo, la historia adquiere un tinte distinto y ciertamen-

te dramático. Ya que, de la misma forma que durante el medioevo la roma-papal persiguió a los que pensaban distinto (Apoc. 13:5-7), y no iban detrás de ella, así también acontecerá futuramente cuando su herida mortal sea curada (Apoc. 13:3, 12, 14).

La implementación de una marca (Apoc.13:16) y la construcción de una imagen (Apoc. 13:14-15) son los artificios que la bestia terrestre empleará para cumplir su misión. La imagen creada pretende imitar la creación del hombre (Apoc. 13:15), quien llegó a existir cuando Dios sopló en su nariz el sopro de vida (Gén. 2:7). No podemos soslayar el hecho de que la imagen de la bestia tiene la habilidad de hablar y matar únicamente cuando se le permite que reciba el aliento de vida (Apoc. 13:14-17). Esto implica que la imagen, en el contexto de este capítulo, evoca el acto de la falsa creación, y por ende apunta a un falso creador.

## **EL SIGNIFICADO DE LA IMAGEN Y LA MARCA**

(Apoc. 13:11-18)

En términos concretos, la creación de la imagen de la bestia representa el quebrantamiento de cualquier tipo de tolerancia civil, y la anulación cierta del límite jurídico que separa la esfera estatal y religiosa. En otras palabras, el Apocalipsis predice que, en algún momento de la historia de nuestro planeta, se impondrán leyes contrarias a la ley divina, y que aquellos que osen negarse a seguirlas serán perseguidos y muertos. La implantación de una marca, cuya obligación abarca a toda la esfera social y económica, permitirá que los individuos puedan ejercer su libertad sin trabas (Apoc. 13:15-18). Los que se nieguen a hacerlo, se convertirán en esclavos y parias sociales, y, como fue mencionado, dignos de muerte (Apoc. 15:15).

El significado de la marca tiene como principal paralelo el sello de Dios, el que Dios coloca sobre aquellos que le pertenecen (Apoc. 7:3; 14:1). De este modo, la marca de la bestia opera como la falsificación del sello divino, y busca parodiar la presencia y voluntad del creador en la frente y mano de los que la reciben (Apoc. 13:16; ver 7:3; 14:1). Si se tiene en mente que la imagen emula la falsa creación divina, la marca de la bestia funciona simbólicamente como la imposición forzada de un día que imita el día que Dios estableció como un memorial de la creación (Gén. 2:1-3; Ex 20:11). Este día es el domingo, el primer día de la semana; un día falso, pues el único día que Dios bendijo y santificó es el sábado.

No obstante, para que el domingo asuma la connotación que hemos mencionado, y se transforme en la marca de la bestia, la herida de la bestia marítima debe ser primero curada. Luego, debe existir una configuración política que implante forzosamente leyes y regulaciones humanas, y que de esta manera permite imponer un día de guarda sobre el otro. Ese tiempo llegará, no hay duda, y, por lo tanto, debemos estar preparados.

El cuadro pintado por Juan retrata vivamente una amenaza real a la libertad de conciencia. El mundo occidental, con algunas excepciones, disfruta el derecho de elegir la creencia religiosa, y descansar, de una manera libre y consciente, en el día que ha decidido hacerlo. No está lejos el tiempo cuando aquel derecho nos será quitado, y seremos presionados a seguir el camino de la mayoría, de aquella que apoyará a la bestia. No temamos, porque la promesa de Jesús es clara: él estará con nosotros hasta que este mundo llegue a su fin (Mat. 28:20).

## **CONCLUSIÓN**

El diablo, simbolizado a través de la imagen de un dragón en el Apocalipsis, empleará dos agentes para destruir el remanente. El primero, una bestia que surge del mar imita a Jesús y busca la adoración. El segundo, la bestia terrestre, emula al Espíritu Santo, y promueve la adoración de la bestia que surge del mar. La estrategia usada para llevar a cabo sus planes tiene que ver con la creación e imposición de verdades satánicas, las cuales buscan quebrantar la libertad de conciencia.

## **INVITACIÓN**

No está lejos el día cuando los hombres y mujeres que componen el remanente serán forzados a escoger entre la ley de Dios y las leyes de los hombres. El sábado, como un memorial de la creación, estará en el centro del debate, y serán los miembros del remanente los que le mostrarán al mundo la importancia y valor del sábado. Lo invito a que oremos para que en ese día podamos estar de pie firmes y fieles al Dios todopoderoso. Pues no olvidemos que el propósito del diablo es engañar, dentro de lo posible, aun a los escogidos (Mat. 13:22). Por esa razón, no dejemos de orar y preparar nuestro corazón para que ese día no nos sorprenda como ladrón (1 Tes. 5:4).

# TÍTULO: **VENCIENDO COMO ÉL VENCÍÓ**

Texto bíblico:

“Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: 'Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás'” (Mat. 4:10).

## **INTRODUCCIÓN**

Es necesario reconocer que el tiempo es un lujo para una persona ocupada. Hay personas que duermen poco y trabajan más de lo permitido por las leyes civiles. No obstante, este problema parece afectar no solo a aquellos con una vida ajetreada, sino también a la población en general. El gran reclamo de muchas personas hoy es que no tienen el tiempo suficiente para hacer lo que les gusta. Esto significa no poder disfrutar con la familia o hacer alguna actividad que les permita descansar de las tareas que usualmente realizan.

El cristiano no está libre de esta amenaza. Sea usted ama de casa, un obrero de la construcción o un estudiante universitario, todos estamos sufriendo el mismo problema: no tenemos tiempo. Es posible que la mayor tentación que los cristianos enfrentemos sea la de priorizar otras tareas, y dejar de lado la lectura y el estudio de la Biblia. Es posible incluso que como creyentes comprometidos estemos tan atareados con las labores de la iglesia que, irónicamente, no tengamos tiempo de conversar y escuchar la voz de Dios. En el día hoy exploraremos la importancia del estudio de la Biblia, estudiando cómo Jesús venció la tentación citando las Escrituras. Haremos esto siguiendo principalmente el relato registrado por Mateo (Mat. 4:1-11).

## **NO SÓLO DE PAN VIVIRÁ EL HOMBRE** (Mat. 4:1-4)

Luego de haber sido bautizado por Juan en el Jordán (Mat. 3:13-17), “Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto” (Mat. 4:1). La presencia del Espíritu en el ministerio de Jesús comenzó de manera plena en ocasión de su bautismo, quien descendió sobre él como paloma

(Mat. 3:16). Esta plenitud es acentuada de manera intencionada por Lucas, quien afirma que “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto” (Luc. 4:1). Es por medio del Espíritu, por cierto, que Jesús echa fuera los demonios (Mat. 12:28), y, como expresamente señala Marcos, quien “lo impulsó al desierto” (Mar. 1:12).

Lo anterior no implica que, antes que fuera bautizado por Juan, Jesús actuaba de manera independientemente y no era guiado por el Espíritu. No está de más recordar que Jesús fue concebido por el Espíritu Santo (Mat. 1:18, 20; Luc. 1:35), y que, según Lucas, Jesús crecía en sabiduría y estatura, y gozaba del favor y aceptación de Dios desde la infancia (Luc. 2:52). La gracia o favor divino, presente en la vida de Jesús desde siempre, expresa claramente la dependencia incesante entre él y el Espíritu Santo.

Existe un detalle interesante en el relato y que es necesario destacar. Jesús no es llevado o impulsado al desierto por una fuerza impersonal. Mateo describe al Espíritu Santo como una persona, quien es capaz de conseguir que una mujer quede embarazada (Mat. 1:18, 20), descender del cielo sobre Jesús (Mat. 3:16), de hablar en lugar de otros (Mat. 10:20), y ser blasfemado (Mat. 12:31-32). Esto, no cabe duda, es significativo para nosotros, pues nos invita a reconocer lo esencial que es en la vida del creyente la presencia y conducción de la persona del Espíritu.

Mateo nos informa que Jesús es llevado al desierto para ser tentado por el diablo. En el contexto bíblico, el término tentar puede traducirse también como probar. Dependiendo del contexto, el vocablo probar podría ser entendido de una manera negativa o positiva. Mientras que Dios probó a Abraham, ordenándole que sacrificase a su hijo Isaac (Gén. 22:1-2), el diablo tienta a los miembros de iglesia a caer en apostasía (1 Tes. 3:5). En el primer ejemplo, la petición tenía la intención de probar, preparar y desarrollar el carácter (ver Juan 6:6). En el segundo, no obstante, el objetivo es evidentemente destructivo (1 Cor. 7:5).

A la vista de lo antes dicho, el Espíritu no impulsó a Jesús al desierto para destruirlo. Para Mateo, ni Dios ni el Espíritu son los agentes de la tentación. Dios, como afirma Santiago, no tienta a nadie para hacer el mal (Sant. 1:13-14). En otras palabras, Jesús fue al desierto para prepararse para la misión encomendada por Dios, y el diablo encontró ahí el momento propicio para llevar a cabo sus maquinaciones. El

diablo intentó primero destruir a Jesús, sin lograrlo, cuando él aún era un infante (Mat. 2:13-23). En esta escena, Satanás busca hacer lo mismo, aunque ahora la estrategia que trae tiene la intención de que Jesús falle en llevar a cabo el sacrificio mesiánico que vino a cumplir.

Después de ayunar durante cuarenta días y cuarenta noches, Jesús sintió hambre (Mat. 4:2). En ese preciso instante, el diablo, referido por Mateo como el tentador, se acercó a Jesús, marcando su primer encuentro. Es importante destacar que el enemigo atacó a Jesús en el momento de mayor debilidad. La necesidad inmediata de Jesús tenía que ver con el alimento, y la estrategia satánica procuraba encontrar una brecha mínima para entrar en la mente de Jesús. El diablo emplea una táctica similar al atacarnos, y es importante tener en consideración en esto, en particular cuando nos encontramos vulnerables.

“Si eres Hijo de Dios”, dijo el tentador, “di que estas piedras se conviertan en pan” (Mat. 4:3). En griego, la configuración gramatical de la frase “si eres” no necesariamente tiene una connotación de duda, como si el diablo estuviese diciendo que él no lo creía, y debido a eso, le pedía una señal. Una posible traducción sería: “Considerando que eres Hijo de Dios, tienes el poder para hacer un milagro y saciar tu hambre”. De esta manera, la declaración del diablo tiene el objetivo de que Jesús realice una señal para beneficio propio, apartándose así de la voluntad del Padre.

La respuesta de Jesús excluye discutir directamente con el diablo. Jesús no entró en un debate filosófico o teológico con el enemigo. Jesús, en cambio, cita las Escrituras. La base, y el motor de la argumentación de Jesús, se basó en un pasaje del libro de Deuteronomio (Deut. 8:3). Este versículo es parte de un discurso mayor, en el cual Moisés le recuerda a Israel que Dios lo ha cuidado y guiado por un período de cuarenta años (Deut. 8:2-10). Dios permitió que pasaran hambre, para luego alimentarlos con maná, y así enseñarles que el ser humano no solo vivirá de pan, “sino de todo lo que sale de la boca de Jehová” (Deut. 8:3; Mat. 4:4).

En términos históricos, Israel falló, pues murmuraron contra Moisés y Aarón, añorando el tiempo cuando se sentaban delante de las ollas de carne, y comían pan hasta saciarse (Éxo. 16:2-3). De este modo, si bien Jesús fue tentado en los mismos términos que Israel, Jesús venció la tentación citando la Palabra de Dios. Una actitud semejante debe ser parte de nuestra rutina diaria.

## **NO TENTARÁS AL SEÑOR TU DIOS** (Mat. 4:5-7)

La segunda tentación tiene un enfoque similar al anterior. El diablo lleva a Jesús a Jerusalén, y lo pone sobre la parte más alta del templo (Mat. 4:5). El accionar del enemigo, quien habla (Mat. 4:3, 6, 9) y tiene la habilidad de transportar a Jesús a otro lugar (Mat. 4:5, 8), nos habla de un personaje, y no de una fuerza. En la actualidad, existen personas que se refieren al diablo como si este fuera una entidad mitológica, la cual representa lo peor del ser humano. No obstante, la escena que estamos estudiando nos dice otra cosa. El diablo, también conocido como Satanás, es descrito por Mateo como una entidad angelical que promueve el mal (Mat. 13:39), actúa como tentador (Mateo 16:23) y está destinado a ser destruido (Mat. 25:41).

“Si eres Hijo de Dios,” le dice Satanás a Jesús, “tírate abajo, pues escrito está: ‘A sus ángeles mandará acerca de ti’, y ‘en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra’” (Mat. 4:6). Notando que Jesús había citado la Escritura, y le había vencido, el diablo cambia de táctica, y hace uso de algunos versos del Salmo 91 para tentarlo (Sal. 91:11-12).

No obstante, el diablo cita incorrectamente el Salmo 91, omitiendo su contexto global. Aunque es cierto que en el Salmo 91 Dios asegura proteger a sus hijos, al leerlo por completo aprendemos que Dios cuida de aquel que ha puesto su confianza, o amor, en él (Sal. 91:14-16). De ninguna manera el Salmo es una invitación para que el creyente busque la adversidad. Y, en el caso que Dios permita que el cristiano sufra algún tipo de infortunio, la promesa es que Dios lo socorrerá (Sal. 91:1-16). Luego, el diablo nuevamente intenta a Jesús para que actúe de manera independiente, violando la voluntad del Padre. El diablo no está cuestionando la identidad de Jesús como Hijo de Dios, sino que su tentación radica en incitarlo a utilizar su poder y autoridad, intentando así persuadir a Dios para que haga algo que no está destinado a hacer.

Jesús responde nuevamente usando las Escrituras (Mat. 4:7). Y otra vez alude al libro de Deuteronomio (Deut. 6:16). En el versículo citado, Moisés amonesta a Israel a no tentar a Dios como lo hicieron en Masah (Deut. 6:16). A pesar de los portentos que Dios realizó en presencia de los hijos de Israel, ellos cuestionaron si Dios estaba realmente con ellos, diciendo: “¿Está, pues, Jehová entre nosotros o no?” (Éxo. 17:7). Para Jesús, la tentación del diablo consiste en inducirlo a

actuar de manera egoísta, tratando de obligar a Dios a ajustarse a sus propios deseos. Por consiguiente, aunque Jesús fue tentado de una forma semejante a como Israel lo fue, Jesús venció la tentación citando las Escrituras. Pero a diferencia del diablo, quien torció el significado del Salmo 91, Jesús emplea la Palabra de Dios correctamente.

El enemigo usa diferentes maniobras para tentarnos, y una de estas tácticas comprende emplear textos bíblicos fuera de contexto. La única manera de detectar el error, y saber cuándo un pasaje está siendo mal utilizado, es conocer el contenido de las Escrituras. Vale la pena notar que Jesús no tenía un celular a disposición para confirmar o mencionar el versículo que él diablo citó, y que el luego refutó. La disponibilidad de las Biblias en la antigüedad, a diferencia de hoy, era diferente. El desafío no se limitaba solo al valor y tamaño, sino que las copias se realizaban a mano, lo que resultaba en una producción considerablemente menor en comparación con lo que sucedió después de la invención de la imprenta.

En consecuencia, la memorización de pasajes e historias de la Biblia se convirtió en una parte esencial de la vida de los creyentes. Aunque esta práctica ha disminuido debido al avance de la tecnología, los cristianos tienen el privilegio de vivir en una era en la que el acceso al texto bíblico es incomparable. Vivimos en una era en donde las aplicaciones de celular y las traducciones de la Biblia abundan, pudiendo incluso escucharla de manera gratuita. No hay excusa, por lo tanto, para aquellos que llevan una vida agitada. El problema no radica en el acceso que tenemos a la Biblia. El problema reside en nosotros mismos.

## **AL SEÑOR TU DIOS ADORARÁS** (Mat. 4:8-11)

En la tercera tentación, el diablo lleva a Jesús a una montaña muy alta, desde la cual le muestra el esplendor de todos los reinos del mundo (Mat. 4:8). Satanás promete darle todo lo que ve, pero primero debe arrodillarse y adorarlo (Mat. 4:9). Lo que el diablo promete es simple. Jesús ha venido a rescatar el mundo, y ahora lo puede obtener sin tener que pasar por el sufrimiento de la cruz. Sin embargo, al hacer eso, Jesús se estaría sometiendo al poder del enemigo y estaría reconociendo que el diablo, en lugar de él, es el amo y señor de la tierra.

Jesús omite cualquier diálogo o discusión doctrinal. Después de todo, Jesús es el creador del universo y de esta tierra (Juan 1:1-3, 10;

Col 1:16:17). El diablo se convirtió en el príncipe de este mundo al tomar por engaño el dominio que Dios le había encargado a Adán y Eva (Luc. 4:6). Pero Jesús no tiene la intención de debatir; por lo tanto, recurre una vez más al arma más importante de todas: la Biblia.

Jesús responde diciendo: “Vete, Satanás, porque escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás’” (Mat. 4:10). Jesús de nuevo cita el libro de Deuteronomio, específicamente Deuteronomio 6:13. El pasaje es parte de un contexto mayor, en el cual Moisés amonesta a los oyentes a no olvidarse de Dios y a no ir detrás de dioses paganos (Deut. 12-14). Desde esta perspectiva, Jesús desenmascara al enemigo, revelando la autoridad falsa que este ha pretendido asumir.

Jesús, en definitiva, se sometió a la voluntad del Padre y derrotó al enemigo (Mat. 4:11). Jesús, no olvidemos, fue tentado en todo, según nuestra semejanza (Heb. 4:15). Es verdad que las tentaciones que él sufrió difieren en forma y contenido con las nuestras. No obstante, el diablo, como fue mencionado previamente, adapta estratégicamente sus ataques. La única salvaguardia que tenemos es la Palabra. Podremos no tener tiempo para ver nuestro programa preferido, o hasta dormir un poco menos, pero lo que jamás debe faltar en la vida de un cristiano es el estudio de la Biblia. Sigamos entonces el consejo de Pablo y tomemos como arma de defensa “la espada del Espíritu”, la cual, como él bien lo dice, representa la palabra de Dios (Efe. 6:17).

## CONCLUSIÓN

La falta de tiempo nunca debe ser una excusa para no estudiar la Biblia. Jesús empleó las Escrituras para enfrentar el ataque del enemigo, enseñanzas que él memorizó, y almacenó en el corazón. Los engaños del enemigo, como vimos, no pudieron contra los “escrito está”, demostrando lo esencial que debe ser en nuestra vida el estudio y lectura de la Palabra de Dios.

## INVITACIÓN

No somos superhéroes, ni tampoco somos invencibles. Por el contrario, somos pecadores, y podemos ser vencidos por la tentación. Oremos a Dios para no perder nunca nuestra conexión con el Dios eterno y decidir cada día estudiar su Palabra. No solo para conocer la verdad, sino también para estar preparados para el día en que el diablo nos tienta.

# TÍTULO: **LA ÚLTIMA INVITACIÓN PARA VENCER**

Texto bíblico:

**“Y oí otra voz del cielo, que decía: ‘¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas!’” (Apoc. 18:4).**

## **INTRODUCCIÓN**

La oración de Jesús, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Luc. 23:34), no fue dirigida únicamente en favor de los que lo condenaron y crucificaron. El impacto del sacrificio de Jesús, revelado en esta súplica, nos abarca a todos hoy, incluyendo a aquellos que son parte de Babilonia. Antes del regreso de Jesús, el pueblo remanente tiene la tarea de advertir a los habitantes de Babilonia que deben abandonarla para no ser cómplices de sus pecados y evitar sufrir las consecuencias de las plagas que le llegarán (Apoc. 18:4).

Lo anterior es una evidencia palpable del amor de Dios; ya que, como dicen las Escrituras, no es que el señor se esté tardando en cumplir lo que prometió, “sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3:9). Hoy estudiaremos el capítulo 18 del Apocalipsis, enfocándonos en la misión del remanente, así como también hablaremos de la caída y condenación de Babilonia (Apoc. 18:1-24).

## **LA CAÍDA DE BABILONIA (Apoc. 18:1-3)**

En Apocalipsis 18, Juan continúa describiendo el juicio y destrucción de la gran Babilonia iniciado en el capítulo previo. Si bien en ambos capítulos Juan se refiere a la misma entidad, en uno y otro Babilonia es descrita a través de lentes distintos. Mientras que en Apocalipsis 17 Juan emplea la imagen de una prostituta para referirse a Babilonia (Apoc. 17:1-6, 18), en Apocalipsis 18 Juan la describe como una urbe

económicamente poderosa (Apoc. 18:9-19). Pese a estas diferencias, el ente descrito es uno y el mismo: “Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra” (Apoc. 17:5).

Al comenzar el capítulo, Juan ve a otro ángel descender del cielo con gran poder (Apoc. 18:1). La identificación de este ángel con el adjetivo “otro”, indica que el ser mencionado en Apocalipsis 18 no es el mismo ángel que ha servido de guía e interprete en la sección previa (Apoc. 17:1, 7). La tarea de este “otro” ángel consiste en continuar y reforzar la misión iniciada por los tres ángeles de Apocalipsis 14 (Apoc. 14:6-11) y, en particular, explicar en profundidad el contenido del segundo mensaje (Apoc. 14:8). Esto es, describir la caída de Babilonia (Apoc. 14:8; 18:2).

El segundo mensaje angélico declara que Babilonia ha caído y la acusa de haber dado a “beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación” (Apoc. 14:8). El presagio trae a la memoria las palabras del profeta Jeremías, quien denuncia que el vino de Babilonia embriagó a los pueblos de la tierra, aturdiéndolos (Jer. 51:7). El acto de beber, y el enfoque dado en actos sexuales ilícitos, destaca las enseñanzas espurias de Babilonia, retratándola como una enemiga de la verdad (Apoc. 17:1-2). Esto significa que la imagen de Babilonia en el Apocalipsis representa la religión falsa y apóstata organizada; elementos que Juan desarrollará en Apocalipsis 18.

El cuarto ángel que desciende del cielo lo hace con gran poder, al punto de alumbrar la tierra con su resplandor (Apoc. 18:1). Las circunstancias sombrías en las que se encontrarán los habitantes de la tierra en el tiempo postrero, y que son descritas por Juan en capítulos pasados (Apoc. 13:11-18), permiten entender que la función de este “otro” ángel consiste en proclamar el mensaje final de Dios a la humanidad. En tanto que el enemigo mantiene al mundo en la más sombría oscuridad doctrinal, el mensaje de este cuarto ángel vendrá para iluminarlos y librarlos de las mentiras y engaños de Babilonia.

El responsable de dar esta advertencia final recaerá en el remanente, quien, en medio de experiencias angustiosas, tendrá la difícil tarea de abrir los ojos cegados de un mundo confundido por las enseñanzas de Babilonia. Juan acentúa la importancia del cuarto mensaje al señalar que el ser angélico “clamó con voz potente” (Apoc. 18:2). Es decir, el ángel gritará tan fuerte, que nadie podrá afirmar no haberlo escuchado. Esto significa que, en el fin del tiempo, todos, sin excepción, oirán y estudiarán la verdad bíblica. En consecuencia,

cuando llegue el momento del juicio, nadie podrá excusarse diciendo que no estaba al tanto de lo que la Biblia enseña.

La proclamación dada por el cuarto ángel declara que Babilonia ha caído, sumándose, como ya fue mencionado, a lo dicho por el segundo ángel (Apoc. 14:8). La imagen de la caída de Babilonia, así como otras metáforas elaboradas en Apocalipsis 18, evocan oráculos del Antiguo Testamento, y la destrucción de Babilonia es uno de ellos (Isa. 21:9; Jer. 51:8). Esta es una caída espiritual, y también política. El elemento religioso (Apoc.18:2) y mundano (Apoc. 18:3) está presente en la descripción hecha por el ángel, lo cual nos da una vislumbre de la razón por la cual Babilonia caerá y será juzgada.

El elemento religioso de Babilonia se observa al notar que ella se ha convertido en una morada de demonios, así como también una habitación y albergue de espíritus inmundos y aves impuras (Apoc. 18:2). Las metáforas expresadas en la acusación, y que han sido tomadas en particular del profeta Isaías (Isa. 13:11-22; 14:23), resaltan el contenido falso y destructivo que Babilonia proclama. Las enseñanzas de los demonios comprenden todo aquello que la Biblia prohíbe, teniendo como único propósito oponerse a lo que Dios establece en su Palabra. A modo de ejemplo, las doctrinas que promueven la inmortalidad de alma o que buscan anular el sacerdocio de Jesús en el santuario celestial, reemplazándolo por la misa o el confesionario, no son bíblicas, sino que han sido construidas en los hornos de Babilonia.

Asimismo, el componente político y mundano de Babilonia surge al reparar la alianza que ella ha mantenido con los reyes y mercaderes de la tierra (Apoc. 18:3). Los reyes, por un lado, han fornicado con ella, destacando una unión entre la religión y el estado. Los mercaderes, por su parte, se hicieron ricos a costa de sus lujos sensuales (Apoc. 18:3), lo cual subraya el carácter secular de Babilonia. En ambos casos, Babilonia deja translucir la esencia de lo que ella realmente es: una organización falsa y apóstata.

## **LA INVITACIÓN A SALIR DE BABILONIA** (Apoc. 18:4-8)

En medio de las pruebas y angustias que sobrevendrán (Apoc. 13:11-18), el pueblo de Dios será llamado a revelar públicamente el verdadero carácter de Babilonia (Apoc. 17:1-6; 18:1-3). Juntamente con esto, el pueblo remanente tiene la misión de invitar a los moradores metafóricos de Babilonia a salir de ella (Apoc. 18:4). Lo sorprendente

es que la voz que proclama esta exhortación llama a los habitantes de Babilonia de “pueblo mío” (Apoc. 18:4). De la misma forma que en el Antiguo Testamento Dios amonestó a los hijos de Israel a salir de Babilonia y volver a Jerusalén (Isa. 48:20; Jer. 50:8), el Señor hace lo mismo con aquellos hombres y mujeres honestos y fieles que están y son parte de la ciudad apóstata.

Es debido a esto que el Señor los llama de “pueblo mío”, pues el Señor conoce el corazón, y vida, de aquellos que aún no deciden salir de Babilonia. Nosotros desconocemos las intenciones del corazón humano y no podemos juzgar lo que ocurre en las mentes de las personas. El libro de Proverbios ilustra perfectamente esto, al decir: “Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión, pero Jehová es quien pesa los espíritus” (Prov. 16:2). El acto de “pesar los espíritus” revela que el Señor es el único que juzga los corazones de los seres humanos (Prov. 21:2); y, por lo tanto, él tiene el poder de determinar la sinceridad y honestidad de los que moran, quizás por ignorancia, dentro de las murallas de Babilonia.

El llamado que Dios realiza a los que aún están en Babilonia tiene el objetivo de eximirlos de los pecados por los cuales esta urbe será juzgada (Apoc. 18:4). Los pecados de Babilonia han llegado hasta el cielo, y la paciencia del Señor está por llegar a su fin (Apoc. 18:5). El primer intento de independencia divina que los seres humanos realizaron después del diluvio fue construir una ciudad y una torre cuya cúspide llegara hasta el cielo (Gén. 11:1-4). Esta torre, llamada Babel (Gén. 11:9), constituye un ejemplo claro de lo que significa contradecir el mandato divino (Gén. 8:16-17), estableciendo pretensiones y objetivos centrados en el yo. Este es, por cierto, uno de los tantos crímenes de Babilonia, quien exclama de manera arrogante: “Yo estoy sentada como una reina, no soy viuda y no veré llanto” (Apoc. 18:7).

El hecho de los que los pecados de Babilonia “se han amontonado hasta el cielo” (Apoc. 18:5, Nueva Versión Internacional), nos indica que la paciencia de Dios tiene un límite. Si bien es verdad que “la paciencia de nuestro Señor es para salvación” (2 Ped. 3:15), no es menos cierto que un día Jesús vendrá, y “los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Ped. 3:10). En aquel día, el Señor dará “retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo”, sufriendo “pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tes. 1:8-9).

La invitación del Señor también busca dispensar a los hombres y mujeres sinceros que habitan en Babilonia de los castigos que la sufrirá ciudad (Apoc. 18:4). No está lejano el día que la venganza y la retribución del Señor serán manifestadas (Deut. 32:35; Ro 12:19), y será en ese momento cuando las palabras del ángel se cumplirán contra Babilonia: “Páguenle con la misma moneda; denle el doble de lo que ha cometido, y en la misma copa en que ella preparó bebida mézclenle una doble porción” (Apoc. 18:6, Nueva Versión Internacional).

Lo anterior involucra reconocer que Babilonia será castigada en proporción a los crímenes que cometió (Jer. 50:15, 29). Y esto no será parcial, pues su condena tiene un carácter total, recibiendo en un solo día plagas, muerte, llanto, hambre y fuego (Apoc. 18:8, ver también 18:10, 19). Dios no se complace en ejecutar el juicio, ni menos en contemplar la angustia y muerte de los enemigos de Dios. Lejos de desear eso, el Señor quiere que los injustos crean y se arrepientan (2 Ped. 3:9). Este punto es claramente ejemplificado por Ezequiel, quien afirma: “‘Vivo yo’ —declara el Señor DIOS— ‘que no me complace en la muerte del impío, sino en que el impío se aparte de su camino y viva. Volveos, vuelveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué habéis de morir, oh casa de Israel?’” (Eze. 33:11, La Biblia de las Américas).

Debemos dar las gracias a Dios porque él es paciente, y no quiere que nadie perezca (2 Ped. 3:9). Si bien el Señor odia el pecado, él ama al pecador. Es importante no confundirnos al aplicar este refrán en nuestra vida como misioneros de la causa. Al predicar, no olvidemos que Dios ama a los pecadores y desea que salgan de Babilonia.

## **LA CONDENACIÓN DE BABILONIA** (Apoc. 18:9-24)

Juan describe la destrucción de Babilonia haciéndonos espectadores del evento. Por un lado, observamos como los reyes de las naciones, y que han sido sus amantes, lloran y lamentan por su destrucción (Apoc. 18:9). Es posible, incluso, ver través de los ojos de los reyes de la tierra como Babilonia es quemada, y escuchar el llanto y lamento audible que estos expresan al ver el fin de la gran ciudad (18:9-10).

Lo mismo podemos hacer al participar del dolor que los mercaderes de la Tierra declaran sentir al ver como Babilonia es consumida por el fuego. Los comerciantes lloran, “porque ninguno compra más sus mercaderías” (Apoc. 18:11-15). Ellos se beneficiaron económicamente, dando a entender con esto que fueron parte del sistema

apóstata, y se aprovecharon vendiendo una religión sin gracia y sin Cristo. Estos, así como los reyes de la Tierra, abiertamente exclaman en claro desconsuelo la destrucción de Babilonia, echándose, en una muestra de aflicción, polvo sobre las cabezas (Apoc. 18:16-19).

Es importante recordar que esta descripción metafórica que retrata el fin de Babilonia tiene como propósito crear una reacción de espanto entre aquellos que habitan la ciudad, y que Dios denomina como “pueblo mío” (Apoc. 18:4). El ruido y la luz que caracterizan a la falsa ciudad, un día dejará de existir, pues la ciudad “nunca más será hallada” (Apoc. 18:21-23). Es decir, la advertencia divina busca que los hijos e hijas de Dios tengan una opinión informada de lo que le acontecerá a la ciudad (Apoc. 18:21-24), y, por ende, a los que moran en ella.

Por el contrario, lo que Dios desea es que su pueblo prorrumpe en voces de alegría y vítores de triunfo porque Dios finalmente ha hecho justicia (Apoc. 18:20). La invitación es a no ser parte del grupo que se lamenta por la destrucción de Babilonia, sino de aquellos que se gozan al verla desolada (Apoc. 18:21-24). Esto, porque Dios tiene preparada una ciudad mejor, la cual, conforme a la promesa, desciende del cielo y de Dios: la nueva Jerusalén (Apoc. 21:9-10).

## **CONCLUSIÓN**

Los perdidos aún tienen esperanza. Incluyendo los que habitan metafóricamente en Babilonia. Llegará un día en que todos, sin excepción, escucharán la verdad bíblica, y serán llamados a salir de Babilonia. La respuesta que cada uno dará es personal, y se enmarca en la libertad de decisión que cada ser humano tiene y goza. Nuestro objetivo, como creyentes, es del proclamar. Por lo tanto, el remanente tiene una misión que cumplir, y esta tarea comprende anunciar al mundo los pecados de Babilonia.

## **INVITACIÓN**

Agradecemos a Dios que nos llamó a ser parte de este pueblo, y nos hizo partícipes de esta verdad maravillosa. Oremos para permanecer fieles, y al mismo tiempo para ser lumbreras en un mundo oscuro. Finalmente oremos, para que, con amor y cariño, llamemos a los que moran en Babilonia a salir de ella.

## TÍTULO: **VENCIENDO DÍA A DÍA**

Texto bíblico:

“Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco. El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea” (Apoc. 19:11).

### **INTRODUCCIÓN**

El libro de Daniel nos enseña que en el tiempo del fin los hijos e hijas de Dios vivirán un tiempo de angustia “como no lo ha habido jamás desde que las naciones existen” (Dan. 12:1, Nueva Versión Internacional). Pero no debemos temer, pues será el propio Jesús, a quien Daniel llama Miguel, el que se levantará para luchar por su pueblo (Dan. 12:1).

La buena noticia es que Jesús nos defiende y nos librerá de aquel tiempo de angustia. La victoria está asegurada. Jesús venció a Satanás en la cruz, y estamos expectantes esperando el regreso de nuestro libertador (Luc. 10:18; Juan 12:31; 16:11). El libro de Apocalipsis, en particular el capítulo 19, expone en términos generales cómo se llevará a cabo esa liberación (Apoc. 1:7; 14:14-20; 19:11-21). En el día de hoy estudiaremos parte del capítulo 19 del Apocalipsis (Apoc. 19:11-21), haciendo una breve mención del contexto que lo rodea.

### **EL FIEL Y VERDADERO** (Apoc. 19:11-12)

La escena que estudiaremos describe los eventos que se llevarán a cabo en la segunda venida de Jesús (Apoc. 19:11-21). La primera vez que Juan menciona la segunda venida es en Apocalipsis 1:7, en donde declara: “He aquí que viene con las nubes: Todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán por causa de él”. El uso que Juan hace de las nubes y la afirmación de que aquellos que lo mataron o fueron culpables de ello resucitarán para presenciar su regreso, se encuentra expuesto en los evangelios

sinópticos (Mat. 24:30, 26:64; Mar. 13:26, 14:62). Este vínculo expone la relación y acuerdo que existe entre los libros de la Biblia, así como también destaca que la segunda venida de Jesús es parte integral de la esperanza cristiana (1 Tes. 4:13-5:11).

Lo primero que Juan ve es un cielo abierto, y desde este aproximándose un jinete sobre un caballo blanco (Apoc. 19:11). El enfoque inicial de la descripción está puesto sobre Jesús, a quien Juan llama de Fiel y Verdadero (Apoc. 19:11). La expresión 'Fiel y Verdadero' ocurre previamente en la sección de las siete iglesias, específicamente en la misiva enviada a la iglesia de Laodicea (Apoc. 3:14). Laodicea comprende la última fase de la historia del pueblo de Dios, y es acertado decir que el Fiel y Verdadero vendrá cuando los días de esta comunidad lleguen a su fin.

Es importante destacar que Jesús es fiel y verdadero, debido a que su actuación es recta, auténtica y leal (Apoc. 1:5; 2:10, 13; 16:7; 19:2). Es por esta razón, efectivamente, que él “con justicia juzga y pelea” (Apoc. 18:11). No está de más recordar que los juicios y caminos del Señor son verdaderos y justos (Apoc. 6:10; 15:3; 19:2). Por causa de esto, podemos descansar en la promesa de que él no olvida, ni olvidará a su pueblo (Apoc. 6:10), y que lo libraré en el momento oportuno (Dan. 12:1).

La descripción que hace Juan de Jesús incluye además algunos detalles de su apariencia física. Lo primero que notamos es que Jesús tiene ojos como llama de fuego, una imagen que ocurre, junto con otros detalles, en la revelación que él hace de sí mismo al comienzo del libro (Apoc. 1:14). Esta representación tiene como objetivo enfatizar la omnisciencia del Señor, evidenciando la capacidad que Jesús posee de conocer y juzgar rectamente. Nada puede quedar oculto delante del Señor, ni nadie puede escapar de la mirada de Jesús.

La cabeza de Jesús estaba coronada de diademas. El término 'diadema', en la literatura griega, es un símbolo de realeza y autoridad, y estos dos conceptos son los que la imagen de Jesús en Apocalipsis 19 busca subrayar (Apoc. 19:12). Es clave observar que el dragón escarlata del capítulo 12 es descrito con siete diademas (Apoc. 12:3). Lo mismo puede decirse acerca de la bestia que sube del mar, la cual tenía las diademas sobre los cuernos (Apoc. 13:1). Es vital acentuar que el dragón, una representación de Satanás en el Apocalipsis (Apoc.

12:9), y la bestia marítima, un símbolo del poder papal (Dan. 7:8, 20-21; Apoc. 13:1-8), personifica el intento de Satanás de usurpar la autoridad divina. Bajo esta perspectiva, las diademas sobre la cabeza de Jesús resaltan la superioridad de Jesús sobre todos los poderes de la Tierra, incluyendo los espirituales, lo cual remarca que aquel que viene es el “Rey de reyes y Señor de señores” (Apoc. 17:14; 19:16).

Otro aspecto notado por Juan es que Jesús “tenía escrito un nombre que ninguno conocía sino él mismo” (Apoc. 19:12). Juan, no obstante, revelará el nombre y calificativos de Jesús en el verso siguiente (Apoc. 19:13). Los nombres y credenciales expuestos posteriormente, sin embargo, establecen las funciones del Señor, y realzan los atributos divinos de Cristo. De esta manera, al posicionar el nombre de Jesús después, Juan probablemente tiene el objetivo de mostrar que la identidad de Jesús será revelada plenamente en ocasión de su venida, y será ahí, y solo ahí, que los justos conocerán el nombre y los títulos de Jesús en su totalidad (Apoc. 19:13, 16).

## **EL VERBO DE DIOS** (Apoc. 19:13-15)

La ropa de Jesús, dice Juan, estaba empapada en sangre (Apoc. 19:13). Si bien la batalla en la cual Cristo participará ocurrirá en la segunda parte de la narrativa, el hecho de que la ropa de Jesús aparezca teñida en sangre antes de que esta tenga lugar, nos indica que Jesús ya ha triunfado. La victoria de Jesús sobre el enemigo es un hecho concreto, y es la esperanza de todo cristiano (Juan 12:31; 16:11). Esta conquista alcanza a todos los habitantes del planeta en el cual vivimos, por quienes Jesús vino a morir para darles y darnos vida eterna (Juan 3:15-21; Rom. 5:6-11).

Adicionalmente, es importante notar que Jesús “pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso” (Apoc. 19:15). La referencia bíblica que vincula esta escena con la anterior proviene de Isaías, el cual retrata al Señor como un guerrero cuya vestimenta está manchada en sangre debido a que él ha aplastado a los impíos en el día de la venganza (Isa. 63:1-6). Juan, de todos modos, ya había anticipado ese cuadro escénico algunos capítulos atrás, en donde se observa cómo la mies es segada y las uvas arrojadas “en el gran lagar de la ira de Dios” (Apoc. 14:19).

Lo dramático y sangriento de esta descripción ocurre al finalizar la escena, lugar en el que aprendemos que una vez que el lagar es pisoteado, “salió sangre que llegó hasta los frenos de los caballos en una extensión de mil seiscientos estadios” (Apoc. 14:20). La metáfora, no hay duda, evoca un acto judicial, y de castigo, y nos permite conectar las ropas de Jesús con el lagar divino. En consecuencia, Jesús irrumpe en la batalla con las credenciales de ganador. Agradecemos a Jesús por eso, quien se encarnó, tomó nuestro lugar, y venció.

Un detalle vital es notar que la espada, como nos informa Juan, no está en las manos de Jesús, sino que surge de su boca. Es con ella, aprendemos, con la cual Jesús herirá a las naciones (Apoc. 19:15). Ya en el primer capítulo del libro, Juan nos había dicho que de la boca de Jesús “salía una espada aguda de dos filos” (Apoc. 1:16). El efecto figurado de esta imagen repetida nos invita a reflexionar que es Jesús, no nosotros, el que pelea en este gran conflicto y triunfa. Él, Jesús, es el Dios todopoderoso que defiende a su pueblo (Éxo. 15:3; Isa. 42:13), y aquel que nos libraré en el tiempo de angustia que se aproxima (Dan. 12:1).

El nombre de Jesús, nos revela Juan, es “La Palabra de Dios” (Apoc. 19:13). El calificativo verbo, o Palabra, ocurre tanto en el evangelio de Juan (Juan 1:1) como en la primera carta que Juan mismo escribió (1 Juan 1:1). En ambos casos, el nombre se refiere a Jesús, el cual destaca su encarnación y existencia eterna (Juan 1:1, 14; 1 Juan 1:1; 5:20). Visto así, el guerrero que conduce las huestes angelicales es Jesús, esto es, “el unigénito Dios, que está en el seno del Padre” (Juan 1:18, La Biblia de las Américas). Es decir, aquel que “se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14).

Los ejércitos celestiales que lo acompañan lo siguen en caballos blancos y están “vestidos de lino finísimo, blanco y limpio” (Apoc. 19:14). Es notable cómo Juan establece una diferencia entre el color de la ropa de Jesús y las ropas de los jinetes que cabalgan junto a él. En tanto que Jesús viste ropas teñidas en sangre, los ejércitos lucen unas teñidas de blanco. Esta distinción busca enfatizar que la victoria ha sido ganada por Jesús, y no por los que lo escoltan.

Es vital estar prevenidos en contra del falso evangelio que proclama una salvación centrada en el ser humano y despojada de la gracia divina. Resulta oportuno recordar que la salvación es un regalo (Efe. 2:8), y que cada uno de nuestros actos de justicia son como trapos de

inmundicia (Isa. 64:6). Pues, como está escrito: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Rom. 3:10-11).

## **REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES** (Apoc. 19:16-21)

Juan nos indica que Jesús recibe adicionalmente otro nombre: “Rey de reyes y Señor de señores” (Apoc. 19:16). Lo lleva escrito en la ropa y en el muslo, lo cual deja en evidencia la identidad divina de quien lo porta. En el libro de Deuteronomio, el calificativo es aplicado al Dios eterno, Jehová, quien es “Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible” (Deut. 10:17; ver también 1 Tim. 6:15). Esta es la identidad revelada del guerrero, y cuyo nombre será hecho conocido cuando Jesús, el Rey de reyes, regrese en gloria y majestad.

Al retratar la segunda venida de Jesús, el Apocalipsis utiliza un lenguaje metafórico para describir el enfrentamiento y destino de los enemigos de Dios. En primera instancia, la derrota de los impíos recibe el nombre de “la gran cena de Dios” (Apoc. 19:17). Los convidados a esta cena son las aves que vuelan en medio del cielo, a quienes un ángel convoca para que desciendan para comer “carnes de reyes y capitanes y carnes de fuertes; carnes de caballos y de sus jinetes; carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes” (Apoc.19:18).

La escena mencionada tiene como objetivo advertir a hombres y mujeres que viven apartados de Dios, e invitarlos a imaginar de manera vívida lo que les sucederá si no se arrepienten. Asimismo, la descripción muestra como en el juicio divino no existe acepción de clase política o social. Esto implica que la única distinción que será hecha en el tiempo final tendrá que ver con si hemos estado del lado de Jesús, o si hemos seguido los dictámenes de la bestia (Apoc. 7:9-17; 14:10-11).

Es debido a esto que antes de revelar esta representación sangrienta, Juan registra las palabras de un ángel que nos invita a participar de la cena de las bodas del Cordero (Apoc. 19:9). Es posible, inclusive, oír la voz de los alaban a Dios en el cielo, quien claman en grande voz: “Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado” (Apoc. 19:7). Ustedes y yo hemos sido invitados a participar de esta cena, y no a ser parte del refrigerio de las aves de rapiña (Apoc.19:17-18).

Los enemigos de Dios son identificados por Juan como la bestia y los reyes de la tierra, quienes luchan junto a sus ejércitos (Apoc.19:19). Todos estos se reúnen “para guerrear contra el que montaba el caballo y contra su ejército” (Apoc.19:19). No obstante, como fue anticipado previamente por Juan, aunque los enemigos del Señor se levanten para pelear contra el Cordero, “el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles” (Apoc. 17:14).

Y, por cierto, eso es lo que finalmente ocurre. Mientras la bestia, junto al falso profeta, son apresados, y son lanzados a un lago de fuego que arde con azufre; los reyes y sus ejércitos son muertos “con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos” (Apoc. 19:21). Es clave destacar que la bestia y el falso profeta son las mismas figuras que persiguen y angustian al pueblo de Dios en el tiempo del fin (Apoc. 13:1-8, 11-18). La unión babilónica, de la cual estas dos bestias son parte, ataca la libertad de conciencia de los hijos e hijas de Dios, forzándolos a recibir una marca (Apoc. 13:15-17; 14:10-11; 19:20). Dentro de este contexto es donde sucede la venida de Jesús, lo que nos muestra que será el Señor quien cuida y librerá a su pueblo.

## CONCLUSIÓN

En el fin del tiempo, el pueblo de Dios será expuesto a un tiempo angustia, “como no lo ha habido jamás desde que las naciones existen” (Dan. 12:1, Nueva Versión Internacional). Será Jesús, el Verbo y Rey de reyes, quien liberará al pueblo de Dios de aquella tribulación. Es importante destacar que Jesús ya venció y que los hijos e hijas de Dios recibirán el regalo de salvación debido al sacrificio de Cristo.

## INVITACIÓN

El regreso de Jesús es la única esperanza que, nosotros los creyentes, poseemos y que nos invita a anhelar aquel día. La venida de Jesús, por cierto, es el único evento que tendrá el poder de terminar con la aflicción que hoy y que, luego en el futuro aún más vivamente, experimentaremos cada día. Oremos, no solo para estar preparados para aquel día, sino también para que Jesús venga pronto (Mat. 6:10; Luc. 11:2).

TÍTULO:

## VENCEDOR PARA SIEMPRE

Texto bíblico:

**“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apoc. 21:4)**

### INTRODUCCIÓN

El relato que narra la caída de la humanidad en el pecado, registrado en Génesis, es un recuerdo constante de aquello que Dios no había planeado, y que se ha convertido, por defecto, en la única realidad que conocemos (Gén. 3:1-24). Las consecuencias que trajo a este mundo la desobediencia de la primera pareja humana son diversas. Separación de la presencia de Dios (Gén. 3:24), conflictos en el hogar (Gén. 3:12-13; 4:1-7) y la muerte (Gén. 3:21; 4:8), son solo algunos de los efectos del pecado que están presentes en el día a día que vivimos.

Dios, sin embargo, tenía un plan distinto para la humanidad (Gén. 1:26-29; 2:8-15). Esto, porque nunca fue el plan de Dios que habitáramos en una tierra maldita por el pecado (Gén. 3:14-15, 17-19), lugar en donde reinan el dolor, la enfermedad (Gén. 3:16) y las dificultades laborales (Gén. 3:17-19). La única esperanza que existe para este mundo es que Jesús regrese y restaure todas las cosas. En el día de hoy, el último de nuestra serie, estudiaremos el significado y alcances de esa nueva creación. Para eso, examinaremos los dos últimos capítulos del Apocalipsis, observando el resurgimiento del paraíso que perdieron nuestros padres en el Edén. Y, como afirma Dios, ver cómo el pecado y sus consecuencias no existirán más (Gén. 21:1-22:5).

### Y EL MAR YA NO EXISTIRÁ MÁS (Apoc. 21:1)

Juan tuvo el gran privilegio de ver la tierra restaurada. “Entonces vi”, declara Juan, “un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer

cielo y la primera tierra habían pasado” (Apoc. 21:1). Si bien el firmamento y la Tierra fueron creados por Dios (Gén. 1:7-10), y para él eran buenos en gran manera (Gén. 1:31), Juan alude al hecho de que uno y otro representan la creación deformada por el pecado (Gén. 3:17), y por lo tanto dejarán de existir (Apoc. 21:1).

Nuestra esperanza, entonces, debe estar puesta sobre el adjetivo nuevo; palabra que no debe ser entendida en el sentido de reciclaje o remodelación. Dios no maquillará los desperfectos de este mundo ni barrerá bajo la alfombra el polvo que nadie quiere ver. Es una re-creación, y, por consiguiente, es algo nuevo, semejante a lo que fue perdido en el Edén. Por esta razón, Pedro afirma que cuando Jesús regrese, “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Ped. 3:10). ¡Todo será destruido! Lo que nosotros esperamos, por lo tanto, y que es parte de la promesa divina, son “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Ped. 3:13).

Vale la pena resaltar, y en vista de lo dicho previamente, que la esperanza de la restauración futura no ocurrirá inmediatamente en ocasión de la venida de Jesús. Jesús vendrá, llevará a los redimidos al cielo (1 Tes. 4:13-17), y destruirá nuestro planeta (2 Ped. 3:10-13). La segunda venida, nos dice Juan, da inicio a lo que conocemos como milenio, en donde los justos “serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años” (Apoc. 20:6). Luego, después del milenio (Apoc. 20:1-15), el planeta será recreado, y la promesa de un cielo y tierra nueva será cumplida (Apoc. 21:1-22:5).

Las consecuencias del pecado sobre la tierra son innumerables. En tanto algunos sectores del planeta son destruidos por inundaciones, tornados y tsunamis, otros sufren sequías y terremotos. La promesa de un nuevo cielo y una tierra nueva nos animan a poner nuestra esperanza en la re-creación futura. Y, en particular, nos motiva a anhelar que la venida de Jesús ocurra pronto, para así dar inicio a la restauración de todas las cosas (Hech. 3:21).

En la re-creación del planeta, y en el contexto de la destrucción del antiguo orden, Juan ve que “el mar ya no existía más” (Apoc. 21:1). Si se considera que el firmamento, la tierra y los océanos fueron creados por Dios (Gén. 1:6-10), es difícil pensar que el mar, al cual Dios califica como bueno en la creación (Gén. 1:10), desaparezca. Es pro-

bable, en consecuencia, que está imagen sea en el Apocalipsis una referencia al mar, o abismo, desde el cual surgen los poderes que buscan dañar al pueblo de Dios (Apoc. 9:1-2; 11:7; 13:1; 17:8; 20:1, 3). En este sentido, la expresión “y el mar ya no existía más” tiene la intención de destacar que en la tierra nueva el mal habrá dejado de existir, por lo tanto, los justos podrán descansar en paz.

Por otro lado, el mar también puede funcionar como un símbolo de separación. La isla de Patmos, emplazamiento al que Juan había sido desterrado (Apoc. 1:9), era un lugar rocoso rodeado por las aguas del mar Egeo. Para él, así como también lo puede ser para algunos de nosotros, el mar representaba el cisma que existía entre él y sus seres queridos. De este modo, al expresar que en la nueva tierra no habrá mar, Juan intentaba resaltar que los redimidos nunca más experimentarán el sentimiento triste de la separación. Es decir, la promesa divina es que nunca más diremos adiós.

Este es uno de los tantos “no más” del Señor en el Apocalipsis. El pecado trajo separación, caos, destrucción y conflictos. La promesa es que, en un día, el cual no está muy lejano, el “mar”, como símbolo del mal y la distancia, dejará de existir.

## **Y EL DOLOR YA NO EXISTIRÁ MÁS** (Apoc. 21:4-5)

El peor adiós que hoy vivimos es aquel que pronunciamos cuando muere alguien que amamos. Aunque tengamos fe en la promesa de la resurrección, aun así experimentamos sufrimiento al contemplar la pérdida de nuestros padres, hijos, cónyuges o amigos, y especialmente al reflexionar que en el tiempo que nos queda de vida no podremos disfrutar de su compañía.

La esperanza, entre tanto, es que Dios enjugará las lágrimas de los ojos de aquellos que habitarán en la tierra nueva (Apoc. 21:4), donde “ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apoc. 21:4). Juan escucha esta promesa que viene desde el cielo (Apoc. 21:3), enfatizando de esta forma que su cumplimiento es algo cierto. No está de más recordar que la aflicción, en todas sus formas, comenzó en el Edén, después de la caída (Gén. 3:1-4:16). El plan original consistía en que el ser humano viviera para siempre y no que sufriese enfermedades, ni que llevase una vida miserable (Gén. 1:26-29; 2:8-15).

Fue el pecado el que ocasionó la ruina de la humanidad. Es por esto que, luego de enumerar las angustias que usted y yo vivimos día a día, la voz que escucha Juan insiste, otra vez, que este orden de cosas dejará de existir (Apoc. 21:4). Esto nos recuerda que usted y yo, como las Escrituras afirman, seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, y nuestros cuerpos serán revestidos de inmortalidad (1 Cor. 15:51-55). En otras palabras: la muerte será destruida (1 Cor. 15:54; Apoc. 20:14), y, por consiguiente, las lágrimas, el duelo y la tristeza serán totalmente eliminadas, y nunca más surgirán (Apoc. 20:4).

La victoria que los redimidos gozarán en la tierra nueva es debido al triunfo de Jesús en la cruz (1 Cor. 15:56-57). Si bien el avance de la ciencia médica en estos últimos años ha sido, sin duda, de provecho para el ser humano, no existe remedio que cure la enfermedad de la muerte. Es únicamente gracias a Jesús, quien derrotó a Satanás en el calvario, que un día, revestidos de inmortalidad (1 Cor. 15:54), estaremos para siempre con el Señor (1 Tes. 4:17).

Lo expresado previamente describe la preocupación del Señor por el sufrimiento humano; sufrimiento que se puede manifestar al contemplar la muerte, así como en el llanto y en el dolor (Apoc. 12:4). Es oportuno indicar que el cuidado divino en favor de sus hijos aparece primero mencionado en Apocalipsis 7. En ese lugar leemos que el que está sentado sobre el trono se hará presente para protegerlos, y “ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno” (Apoc. 7:16). Adicionalmente, percibimos que Jesús los pastoreará, guiándolos a fuentes de aguas vivas, y “Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apoc. 7:17).

Lo anterior implica que la promesa del Señor en el Apocalipsis incluye “otros” dolores, y no únicamente los que padecemos por causa de la muerte. La única manera de que estos males acaben es que Dios re-cree este mundo; lo cual es claramente establecido por aquel que estaba sentado sobre el trono, quien dice: “Yo hago nuevas todas las cosas” (Apoc. 21:5). Esta esperanza, cuyas “palabras son fieles y verdaderas” (Apoc. 21:5), son la base sobre lo cual se construye el cielo y la tierra nuevos que Juan vio (Apoc. 21:1), sirviendo de garantía y certeza de que Dios re-creará “todas las cosas” (Apoc. 21:5).

La re-creación de este mundo, en consecuencia, no afectará solo la naturaleza, sino también al ser humano, el cual nunca más experi-

mentará la separación que la muerte, que, como un enemigo despiadado, irrumpe en el seno de las familias. Es fundamental recordar que esta promesa se suma al resto de los otros “no más” pronunciados por el Señor en el libro de Apocalipsis, invitándonos a reflexionar que en la tierra nueva no habrá más separación, caos, hambre, ni calor, frío o muerte.

## **Y LA MALDICIÓN NO EXISTIRÁ MÁS** (APOC. 22:1-5)

Juan contempla el descenso de la nueva Jerusalén (Apoc. 21:2, 9-10), y describe en detalle las bellezas de la ciudad (Apoc. 21:12-25). La descripción que Juan hace del brillo, los fundamentos, materiales, muros y puertas (Apoc. 21:11-21), no se compara con el hecho de que en la ciudad no habrá templo, pues “el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero” (Apoc. 21:22). Es más, la ciudad no tiene siquiera “necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera” (Apoc. 21:23). Los redimidos, por cierto, tendrán libre acceso, ya que “sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche” (Apoc. 21:25).

Juan también ve un río de agua viva, brillante como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, el cual corría por en medio de la ciudad (Apoc. 22:1-2). Ubicado a cada lado del río, estaba el árbol de la vida, el “que produce doce frutos, dando cada mes su fruto” (Apoc. 22:2). La última vez que algún ser humano divisó, y pudo tocar, el árbol de la vida fue en el Edén, específicamente antes que Adán y Eva desobedecieran (Gén. 2:9; 3:22). Para prevenir que la pareja comiera de él, y vivieran para siempre, Dios los expulsó del Edén, y desde entonces nuestro contacto con el árbol ha sido meramente teórico. Eso un día cambiará. El Señor promete que, una vez que la tierra sea re-creada, los que han decidido creer en Jesús, y ser fieles, tendrán el privilegio de entrar por las puertas de la ciudad y comer de los frutos del árbol de la vida (Apoc. 22:14).

Al final del relato, Juan menciona los dos últimos “no más” del Señor: No habrá más maldición (Apoc. 22:3), y no habrá más noche (Apoc. 22:5). Partamos por el primero. La primera en recibir la maldición del pecado fue la serpiente (Gén. 3:14), quien fue el instrumento que Satanás usó para engañar a Eva (Gén. 3:1-7). El segundo fue la tierra, la cual produciría cardos y espinas, haciendo penoso

y difícil el trabajo del hombre (Gén. 3:17-19). Sin embargo, la buena noticia es que la maldición del pecado desaparecerá, y con esto el destierro que se nos ha impuesto llegará a su fin. Los redimidos tendrán la oportunidad de estar cerca del trono de Dios y el Cordero, que estarán en la ciudad (Apoc. 22:3), y asimismo podrán ver el rostro del Señor (Apoc. 22:3-4). En otras palabras, el exilio ha terminado, por lo cual la raza humana puede volver al hogar, al verdadero, el que originalmente le fue construido: el nuevo Edén.

El segundo “no más” del Señor es que en la nueva Jerusalén la “noche” no existirá (Apoc. 22:5). Esta característica de la ciudad, anunciada en un par de escenas previas (Apoc. 21:23, 25), se debe a que los redimidos “no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará” (Apoc. 22:5). El Señor, el creador de la luz y las lumbreras celestes (Gén. 1:3, 14-18) no necesita de ellas o de medios artificiales para alumbrar la ciudad. La presencia de Dios sobrepasa cualquier tipo de luz, y es al amparo de esa luz que los redimidos reinarán con el Señor por los siglos de los siglos (Apoc. 22:5).

## **CONCLUSIÓN**

La restauración de la humanidad es el único camino que existe para este mundo manchado y destruido por el pecado. El Señor vendrá y nos promete que, después del milenio, aquello que perdimos en el Edén será restaurado. No habrá más caos y separación, y la maldición que trajo el pecado será completamente erradicada. Jesús venció, y la justicia que su sacrificio nos otorga a todos los que hemos creído y caminamos con él será el derecho a comer de los frutos del árbol de la vida, y “entrar por las puertas de la ciudad” (Apoc. 22:14).

## **INVITACIÓN**

Pese a que la ciencia ha desarrollado instancias para alargar la vida, y existen propuestas para acabar con las injusticias sociales, ninguna de ellas se compara con lo que Dios nos tiene prometido. Lo invito a que oremos constantemente para que esa certeza nunca se apague en nuestro corazón, y así un día entremos a la nueva Jerusalén, y vivamos con el Señor para siempre.

## BIOGRAFÍA DE **CARLOS OLIVARES**

Carlos Olivares es un pastor de origen chileno que trabaja actualmente como profesor de Nuevo Testamento en la Universidad Adventista de São Paulo, Brasil (UNASP-EC). Tiene un doctorado en Teología, y es el autor y editor de varios artículos y libros. Está casado con Karina, junto a quien tiene un hijo llamado Martín.



Iglesia Adventista  
del Séptimo Día®